La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 13 de abril de 1891 — Núm. 485

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



BESO MATERNAL, cuadro de V. Gamba, grabado por Mancastroppa

EL ARTE Y LA INDUSTRIA MODERNA

El arte y la industria moderna presentan, según dice Mr. Guyau en su obra, al entender de algunos escritores, una antinomia profunda é insoluble.

A medida que la industria crece, se desarrolla y se perfecciona, llegando á las regiones de lo prodigioso, el arte mengua, se atrofia y se anula, desvaneciéndose lentamente en las regiones de la nada después de pasar por lo insubstancial, lo mezquino, lo grotesco, lo absurdo y lo ridículo. Ascensión gigantesca: caída lastimosa é irremediable.

Esto matará á aquello, que dijo Víctor Hugo: el arte que muere á manos de la industria, que dicen los Jeremías de la Estética.

Las estatuas de mármol, las filigranas de oro y plata del Renacimiento, los cuadros de los grandes maestros, las agujas góticas, los arabescos orientales, la piedra, el metal noble, el lienzo, el mosaico, todo lo que es arte, inspiración y genio, cede á la pesadumbre brutal de las masas férreas y queda convertido en añicos, polvo y andrajos. La Metalurgia arroja por las negras bocas de sus pozos montañas de carbón y montañas de metal, que las fábricas convierten en invencible ejército de modernísimos monstruos, y al empuje de la invasión el espíritu poético y artístico huye espantado, llevándose en la ignominiosa fuga el torso de una Venus, la cabeza de un Apolo, una copa de Benvenuto Cellini, un cuadro de Rafael, las dovelas de una ojiva y trozos de mosaico bizantino, para guarecerse con los restos de la vencida civilización en algún museo arqueológico, como se guarecen los esqueletos en las tumbas.

¡Qué más, hasta las máquinas antiguas, que aún conservaban cierta poesía, caen deshechas como viejos armatostes inútiles, ante la maquinaria moderna robusta y sabia, pero antiartística y fea! Así lo dice ó en términos parecidos Sully Prudhomme.

Un molino de viento en lo alto de una colina tiene algo de bello: sus blancas aspas giran al soplo del viento; en cierto modo lo simbolizan; puede decirse que son la móvil cristalización de sus ráfagas: ver á lo lejos cómo da vueltas la cruzada línea de sus cuatro alas, destacándose sobre el azulado horizonte, es como ver un ave cruzando por la atmósfera, es ver al viento mismo enojado sobre el agudo cono del molino. Lo sencillo, lo expresivo, lo directo pudiéramos decir del símbolo, despierta en el espíritu la idea de la cosa simbolizada: el aire vagaroso por el inmenso espacio.

El barco que con todas sus velas hinchadas va cortando las olas semeja un ave marina volando á ras de la azul y rizada superficie; y el movimiento, el blanco velamen, los altos masteleros tienen, según los clásicos del arte, una elegancia y una poesía á que no llega el negro vapor sin cordelaje ni velas casi, con su casco enorme y su negra columna de humo.

Un arco que brazo poderoso de membrudo flechero tiende para lanzar la flecha, es un arma artística: los mismos dioses la usaban; y no se sabe en cambio que ninguna deidad del Olimpo pagano se echase á la cara el fusil aguja, el chassepot ó el rifle americano de 40 disparos. ¡Bien andarían con el revólver al cinto Júpiter en sus aventuras, Mercurio en sus excursiones ó Marte en sus camorras!

No hay más: si á ciertos autores se les cree, á medida que el mundo avanza, que la industria progresa, que la metalurgia se afana, que la maquinaria de paz y de guerra se perfecciona, que la ciencia triunfa y que la industria crece, el arte huye espantado ó se metamorfosea en prosa maciza y pesada sin conservar ni un soplo de la vieja y tradicional inspiración.

No participa Mr. Guyau de estas desconsoladoras opiniones, ni hace coro en verdad á estos augurios tristísimos.

Dice él y repito yo, que el arte no muere, aunque como todas las cosas de este mundo obedezca á la ley de la evolución y constantemente se transforme.

El tiempo todo lo poetiza, todo lo poetiza el espacio: tiempo y espacio son los dos grandes artistas. La distancia por sí sola envuelve en neblinas de sublime tristeza ó de grandeza sublime todas las cosas: lo que es bello, como lo que es vulgar, mezquino y aun ridículo.

Apenas hay vega ni campo que, mirado á lo largo y en escorzo conveniente, no adquiera belleza: apenas hay época histórica que no tenga sus encantos. El caso es mirar de lejos ó mirar de alto á una buena luz. Hasta una venta de la Mancha puede ser poética, y no hay zafia pastora ó sucio pastor que, al venir por la senda de la montaña, no merezca una égloga de Virgilio.

¡Ay, si muchas de las cosas pasadas fueran presentes, y qué irresistibles y qué grotescas nos parecerían!

La belleza unas veces transparenta la *unidad*; otras veces rompe en armonías, que son esfuerzos para conseguir la *unidad suprema*; también, y no en pocas ocasiones, hace ostensible la *fuerza*. Sí, la fuerza es el gran elemento estético; quizá porque la fuerza todo lo domina, todo lo absorbe, doma la variedad, signo de anulación y muerte, y recoge en sí con energía poderosa cuanto le rodea.

A la *unidad* se llega por la astucia, que es la *gracia*; y se llega por una especie de pacto y de alianza, que es la *armonía*; y se llega aun por la *violencia*, que es la *fuerza*.

La lucha, cuando la lucha es vigorosa, triunfe ó no triunfe el luchador, es elemento estético y elemento dramático; y la lucha supone la fuerza. Pastores con caramillos no batallan, descansan soñolientos entre borregos que la imaginación supone blancos: el clásico, buscando la perfección, forma armonías que mide á hexámetros, ó cuaja en mármol, ó desgrana en capiteles; el romántico comienza el combate á veces con disparatados esfuerzos, pero con esfuerzos al fin.

Y en el arte todo cabe: la perfección graciosa, la perfección severa, la perfección ansiada.

Espontánea la primera. Conseguida pacíficamente la segunda. Conquistada en el combate la otra.

Y así, para venir á nuestro objeto, la industria moderna tiene su característica y nuestras modernas máquinas su manera de ser; manera de ser que les es propia y exclusiva. El siglo del vapor, de la electricidad, del hierro y del acero, es el siglo de la fuerza. Si por acaso se llega á conseguir algo gracioso ó perfecto, tanto mejor; pero lo que importa es que cada uno exprese lo que es: lo mismo los siglos que los individuos. La locomotora es la *fuerza*; la máquina de vapor es la *fuerza*; el transatlántico es la *fuerza* también: no busquéis en el león la gracia, ni en el águila el volar de la golondrina, ni en los cuerpos musculosos de Miguel Angel las frescas, rosadas y espléndidas carnes de Rubens. Tendría que ver que en la lección de anatomía de Rambrandt tendiesen sobre la mesa, en vez del cadáver lívido, un angelote con guirnaldas de flores.

Hay una estética para la *energía y la fuerza*, como para la belleza tranquila.

La industria moderna representa las fuerzas inteligentes y las fuerzas naturales; en estos dos elementos fundará su belleza, y el siglo XIX tendrá su arte, como lo han tenido otros siglos que valían muchísimo menos.

José Echegaray



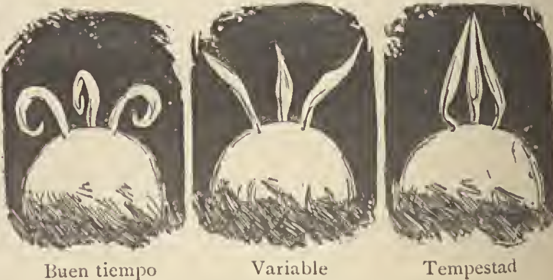
ESTUDIANDO LOS CANDIDATOS. – *Kladderadatsch*, 1881

BISMARCK EN CARICATURA

La última obra de M. Grand Carteret ofrece una nueva prueba de que prosigue, ayudado de su industria, bien secundada por su entusiasmo, la importante tarea que se ha propuesto llevar á cabo, cual es, según vemos, producir una «Historia por la imagen.» Dos importantes obras, «Las costumbres y la caricatura en Alemania, en Austria y en Suiza,» y «Las costumbres y la caricatura en Francia,» son muestras recomendables, dignas de su autor. Si monsieur Carteret realiza su programa estenografiando con el pincel las costumbres y acontecimientos, pro-


En el Parlamento de la Alemania del Norte. – *Fígaro*, 5 de marzo de 1876

ducirá al fin una especie de codificación de la caricatura, á la cual podrá dar muy bien el título de «Comedia humana por la imagen.» M. Grand Carteret ha tomado su empresa muy por lo serio, y su última producción, así como las anteriores, tendrá gran valor para el estudio de los futuros artistas de nuestro siglo. Sin embargo, ese modo de tratar el asunto, el tono desapasionado y el estilo que se adopta para expresar por imágenes la opinión de la Europa moderna y de América, no tiene, como puede comprenderse, nada de extremadamente formal. Nuestro autor ha dividido su colección de pinturas referentes á Bismarck en secciones separadas, haciendo ver el tratamiento que da primero al prusiano Junker, después al gran Canciller, y por último al coloso postrado ante Alemania, Austria, Francia, Italia, Inglaterra y hasta Suiza, Bélgica, Holanda, América, Rusia, Polonia y España. Semejante obra, á pesar de su imparcialidad y del cuidado con que se procura no referirse á las enemistades nacionales, y sin tener en


Buen tiempo Variable Tempestad
LOS TRES CABELLOS DEL CANCILLER

cuenta otras circunstancias secundarias de sin igual dificultad, no habría podido publicarse, por supuesto durante el reinado del *Canciller de Hierro*, y aun ahora nos parece demasiado pronto para darla á luz. Tal vez sea lo más cómico en esa curiosa y satírica representación de la comedia humana la dedicatoria del autor, verdadero sarcasmo que no podemos menos de dar á conocer, aunque sin asegurar si ha de tomarse también como una caricatura de las dedicatorias ó si es en realidad formal. Hela aquí:

«A mi madre, cuyo corazón es de oro, dedico este libro sobre el *Canciller de Hierro*.»

Y ahora, permítasenos censurar al autor por no habernos presentado uno solo de los muchos retratos de su héroe. Su imagen se ha figurado innumerables veces en esa «inversión edial» que, según se ha dicho con mucha verdad, es la esencia de la caricatura; pero ninguna de las grandes series en que, bajo un tosco exterior se ha representado tan hábilmente por el maestro bávaro la verdadera personalidad, ha llegado aún á nuestras manos.

Es imposible no convenir con el autor en que el Canciller ha sido bien tratado en el conjunto, como hombre que desempeñó hasta el fin el papel de constructor de mapas y desorganizador de la moderna Europa, sin exceptuar al mismo Napoleón I. Excepto tal vez en su primer tiempo, cuando sus compatriotas no formaban muy elevada opinión de su carácter político, siempre se apareció al enemigo caricaturista en el mismo instante de la derrota como una figura gigantesca, ora fuese para el bien, ora para el mal. Tal vez se le presente como un ogro, un monstruo, una figura satánica que cubre el mundo de sombras con su maléfica influencia; pero ni aun el más mordaz verá en su persona un hombre pequeño, des-

preciable ó ridículo. Y debe advertirse que siempre se verá en Bismarck la figura política, y rara vez el individuo particular atacado por sus compatriotas ó por los extranjeros. Más feliz en esto, como en todas las cosas, que Napoleón I y que el infeliz Napoleón III, ha podido escapar en parte del Aretino y del Pasquino de su tiempo, y se ha librado de la calumnia por la pluma, la lengua ó el pincel.

Y ahora pasemos á considerar las caricaturas para las cuales ha servido de asunto la prominente personalidad del primer ministro prusiano en estos últimos treinta años, poco más ó menos. Si las de origen alemán, y las que no lo son, parecen, tomadas en su conjunto, menos virulentamente personales, más bien tratadas y más literarias que las conocidas en las anteriores generaciones, ¡cuánto les falta en cambio el carácter incisivo y la verdadera expresión! Esto sucede principalmente con las caricaturas francesas, aunque están firmadas por tan reputados artistas como Gill, Cham, Draner, Alberto Millet, Villette, Pelotell, Félix Regamey y otros muchos, aventajándolas merecidamente las que se produjeron durante el período clásico del arte, desde 1830 á 1850. ¿Dónde encontramos el terrorífico vigor dramático, la fuerza de generalización que un Daumier infunde en su famoso «Lafayette derrotado,» cuando satiriza las «lágrimas de cocodrilo» del Ciudadano Rey á la muerte de héroe revolucionario veterano?



A pesar del frío, soy siempre el pastor de estos rebaños. Muerte, prosigue tu camino. – Dibujo de A. Villette

Después del primer período de la extremada impopularidad de Bismarck, más natural es encontrar en el *Fígaro Ilustrado*, el *Kikeriki*, el *Humoristische Blaetter* de Viena y el *Punsch* de Munich, que no en el *Kladderadatsch* de Berlín, la franqueza de la pluma ó del pincel cuando tratan del gran Canciller. En las páginas de *El Fígaro* austriaco, particularmente, hállase toda una galería de escenas humorísticas que ilustran la carrera política de nuestro héroe, todas ellas ejecutadas con tal minuciosidad en los detalles y tan perfecta ejecución, que nos recuerdan la antigua escuela de grabado de Alberto Durero. Vemos al príncipe en 1863, como Bismarck-Schonhausen, sosteniendo contra el Parlamento prusiano el absolutismo del rey; y más tarde, agitando el sombrero, como Gesler, para que le adorasen como á un ídolo los temerosos diputados. Después en marzo de 1870 represéntasele descargando latigazos en las espaldas de los representantes de Prusia (véase el grabado); y luego tomando parte en las difíciles marchas y contramarchas de su famoso *Kulturkampfe* contra el *imperium in imperio* que se trataba de mantener en Roma. Entre los mejores de esos asuntos figura en primer término el que tiene por título *A la señal de las tres victorias*, aunque no puede negarse que es poco lisonjero para Inglaterra, y el que lleva por epígrafe *Volviendo á su casa en abril de* 1890, en el que se ha representado al Canciller como un primitivo gigante teutónico, que se dirige á su vivienda muy cansado, aunque bastante vigoroso aún.

La sátira figurada de los otros periódicos citados, no nos llama la atención en su conjunto por lo vivaz y lo penetrante; pero debemos hacer mención de una caricatura muy genuina y cómica que representa la *Entrevista entre Bismarck y el Czar* con el título *En Friederischruhe* (véase el grabado); y de una escena de marcado carácter, publicada por el *Kikeriki*, en la que el Canciller mide un corpulento Angel de Paz para el servicio militar, inscribiéndole como «bueno para la caballería.» El *Kladderadatsch* publicó una sátira muy buena sobre el oficialismo, titulada: *Una velada en casa de Bismarck*, y también una caricatura sumamente cómica, refiriéndose al escaso cabello de Bismarck, que lleva por título *Los tres cabellos del Canciller* (véase el grabado).

Ya hemos indicado cuánta es la moderación de los modernos caricaturistas franceses cuando se ocupan del archienemigo, y no sabemos por qué el poco sensible conquistador merece ser tratado más respetuosamente por el pincel de los vencidos que por el de sus adversarios políticos. El tipo del ogro se publicó en dos importantes dibujos debidos á Cham; uno de ellos lleva por título: *Una treta graciosa*, y el otro *¡Buen hombre, esta vez encontrarás las espinas!* (véase el grabado). Este trabajo se dió á luz en el *Charivari* de julio de 1870.

Entre 1872 y 1885 los caricaturistas franceses se ocuparon poco de Bismarck; pero en cambio los de Italia no han sido nada respetuosos en estos últimos años al tratar del canciller imperial. Esto se debe sin duda al hecho de que los tres principales periódicos satíricos, *El Papagallo*, *El Tischieto* y *El Pasquino* se publican en Turín, donde las simpatías se inclinaron siempre más en favor de los franceses que del condescendiente protector prusiano.

Ya que hablamos de los caricaturistas de Italia, haremos también mención de los de Suiza, cuyos trabajos ven la luz pública principalmente en *El Nebelspalter* y *El Postheiri*.

En sus sátiras son más exagerados que sus vecinos, y tocan los asuntos desde un punto de vista más personal, según puede verse por la muestra, que se publicó en octubre de 1889 (véase el grabado que lleva por título *El aya cuidadosa*).

M. Grand Carteret es poco justo con los caricaturistas ingleses al censurarles por su mesura cuando satirizan al príncipe, que según él parece debida á un excesivo respeto; pero nuestro artista tributa, sin embargo, varios elogios á la dignidad y fuerza de penetración del estilo inglés, refiriéndose en particular al veterano Juan Tenniel, que se distingue por la sátira política de su pincel. Dos cartones de este último, pues apenas se pueden llamar caricaturas, *Bismarck y Francia ante la Justicia* (Punsch 18 febrero 1871) y *El piloto despedido*, 20 marzo 1890 (véase el grabado), merecen especial mención y se recomiendan desde el punto de vista artístico y político. Otras caricaturas, como la que representa á Bismarck junto á los cañones, debida á M. A. Willette, *Adiós, hijos míos*, publicada en el *Strekoza* de marzo de 1890, y *Estudiando los candidatos*, se distinguen también por su vis cómica.

No seguiremos al artista que nos ocupa en su rápido, pero suficiente sumario de lo que ha hecho la caricatura rusa, polaca, española, holandesa y portuguesa al tratar el asunto de su obra, pues deberíamos extendernos en demasía. Solamente añadiré que también los americanos han querido satirizar con el pincel, pero no se distinguen en este trabajo por su chispa ni por la intención, y seguramente no sobresaldrán nunca en la caricatura. El siguiente volumen cuya publicación anuncia M. Grand Carteret llevará el título algo doctrinario de «Lección de historia: las caricaturas de los Napoleones.» Este es un asunto que promete mucho más; pero al mismo tiempo tropezará el autor con mayores dificultades para tratarle, y mucho temo que se vea obligado á suprimir lo más vital para la obra, despojándola así de una parte de su interés, pero de todos modos veremos con gusto el nuevo trabajo.

CLAUDIO PHILLIPS

***



EL AYA CUIDADOSA: Señoritas, cuiden de su decoro; nada de distraerse ni de mirar á los lados, si es que puede ser

LA IDEA DE LA MUERTE

«*Señor D. Enrique Marsino.*

»Hace diecisiete años me comprometí con tu padre á algo que estoy dispuesto á cumplir si á ello no se opone tu voluntad.

»Ha llegado el momento de que cumpla lo ofrecido; estoy pronto á ello; mas para hacerlo, necesito tener contigo una larga conferencia.

»Usando ó tal vez abusando de las prerrogativas que da la edad é invocando los derechos que sobre ti cree tener quien se llama hermano mayor de tu padre, te ruego vengas á verme.

»En esta casa serás recibido como lo hubieras sido en la tuya.

»Seguro estoy de que pronto tendrá el gusto de verte

»ANSELMO IZTURRI»



EL PILOTO DESPEDIDO. – Dibujo de Tenniel. *Punsch*, marzo, 1890



¡Buen hombre, esta vez encontrarás las espinas! – Dibujo de Cham. *Charivari*, julio de 1870

Llegó esta extraña carta á manos de Enrique Marsino cierta noche en que volvía á su casa después de haber pasado algunas horas muy alegremente al lado de unos cuantos amigos de buen humor, de unas muchachas que le regocijaron más que los amigos y después de beber un buen número de copas de chateau, laffitte, champagne, moet, chandon y jockey brandy, que convirtieron el buen humor que le transmitieran la alegría de los amigos y regocijo de las amigas en un cosquilleo de felicidad embriagadora que encendía sus ojos, hacía temblar su cuerpo, trababa su lengua y le convertía en el ser más feliz de los mortales que nacimos en este valle de lágrimas perpetuas para unos y de perpetuas carcajadas para otros.

Enrique Marsino tenía noticia de las estrechas relaciones de amistad que entre Anselmo Izturri y su padre existieron, pero no podía adivinar qué clase de compromiso hubiera mediado entre ellos.

Durante un momento estuvo mirando la carta por todos sus lados, como si en las hojas en blanco hubiera de aparecer escrito lo que él deseaba saber; pero por más vueltas que dió al papel, quedó su curiosidad sin satisfacer, pues en blanco continuaron las hojas que lo estaban y en blanco quedóse él, porque el silencio del papel no fué sustituído por ninguna idea propia que hiciera oficio de adivina, que de todo tenía su imaginación menos de maga ó zahorí.

Su voluntad por un lado y los efectos del champagne, burdeos y cognac le obligaron á desistir de su deseo de averiguar la solución de aquel enigma, y como no tenía quien le sacara de la duda, el mismo interés que Edipo tuvo en descifrar el enigma que le propusiera la esfinge de Tebas, arrojó la carta sobre su mesa de despacho y precipitadamente se desnudó y se metió entre las sabanas de su lecho, y sobre la mesa quedó la *esfinge de papel* sin que la pregunta que suscitara recibiera más respuesta que los ronquidos sonoros que lanzaba el entonces feliz Edipo de guardarropía.

Aprovechando el sueño de Enrique, y puesto que el lector ha de trabar conocimiento con él, recordando el refrán que dice que la ocasión la pintan calva, bueno será agarrarse al último pelo que en su calvicie nos presenta y retratar de cuerpo entero al que tranquila y descuidadamente duerme.

Enrique poseía una buena fortuna; era abogado; no ejercía, pero sabía gastarse su dinero mejor que si lo hubiera ganado; era en lo moral un espíritu fuerte, como dicen los franceses, y como me permito yo decir aun cuando alguien me acuse de emplear galicismos; reíase de todo, la risa en sus labios asomaba á todas horas, para él no había en el mundo más que el lado cómico; reíase de las grandezas de los unos, de las debilidades de los otros y de las mezquindades de los más.

Huérfano de madre cuando aún era muy niño, había recibido una educación exclusivamente masculina, por decirlo así. Educado por su padre, había adquirido gran desarrollo la inteligencia á expensas del sentimiento. Como él decía, por haberlo oído á un amigo suyo: en su corazón se habían desarrollado mucho los *aurículos*, que son masculinos, á costa de las *ventrículas*, que son femeninos. Había tenido muchos amoríos, pero todos ellos los había tomado como cosa de risa, pues para él, el amor no era un sentimiento, sino un motivo de chacota. Como no amaba á mujer ninguna, no creía que ninguna le amara y nunca pensó en el daño que pudiera hacer.

En el fondo era Enrique bueno, abierta su alma á todas las generosidades, de par en par su bolsillo para socorrer necesidades y aun para alimentar vicios de amigos pobres, pero derrochadores, y benévolo para perdonar pecadillos ajenos. Era, en fin, un hombre que había sido feliz toda su vida, y en el egoísmo que causa la felicidad no comprendía ciertos dolores.

En su parte física era más completo que en la moral. No diré si sus ojos eran negros ó azules, alta ó baja su estatura, rubia ó negra su barba, porque esto no hace al caso; bastará con decir que ninguna mujer casadera le miraba con desagrado, ni con agrado le miraba ningún hombre casado cuando Enrique fijaba sus ojos en la mujer de aquél.



En Friedrischruhe

Al siguiente día de recibir la carta antes transcrita se levantó nuestro hombre, la leyó una y otra vez y tomó la resolución de partir aquella misma tarde, acudiendo al llamamiento del antiguo amigo de su padre.

Dispuso y mandó disponer á su criado todo lo necesario para el viaje, y á las ocho de la noche salió con dirección á Játiva, donde debía parar y tomar un coche que le condujera al *Salido*, nombre de la finca de D. Anselmo Izturri, finca situada á una legua y media del pueblo de la Ollería.

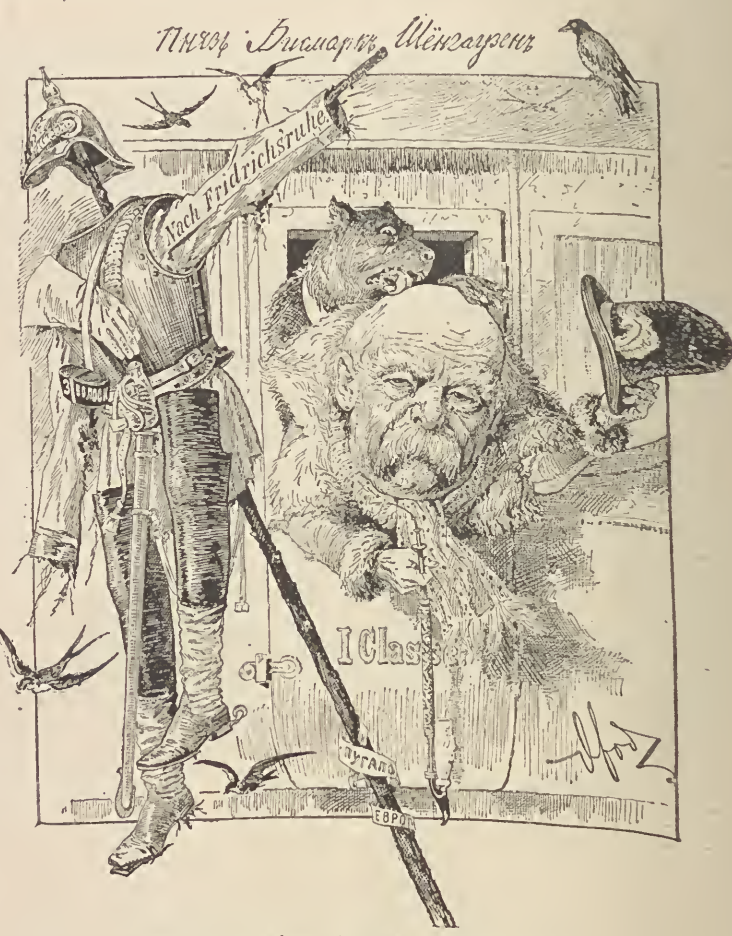
En un vallecillo entre unas altas montañas había mandado construir D. Anselmo una hermosa casa con honores de palacio, rodeada de un jardín y de una tapia muy alta que ocultaba la vista del edificio á los escasos transeuntes. Grandes y copudos árboles circundaban la casa que parecía y estaba alejada de todo comercio con el resto del mundo.

La habitación más próxima distaba de *Salido* más de media legua; D. Anselmo se había creado en aquellos desiertos un verdadero paraíso. Reunió allí todas las maravillas del arte, las comodidades de la industria moderna y las bellezas de la naturaleza. Aquel fértil suelo de la hermosa Valencia le había permitido, con la ayuda del arte de la jardinería, cultivar en el jardín que rodeaba la casa las más exóticas plantas. Abunda por aquellos sitios el agua, y con ella había construído un magnífico estanque, saltos de agua, cascadas y arroyuelos, que en verano mantenían fresca la atmósfera y que con su dulce murmullo halagaban el oído. Millares de pájaros habían anidado en los árboles. En inmensas pajareras criábanse un gran número de pájaros americanos y lindos ruiseñores y elegantísimos canarios.

Si el exterior de la casa hacía pensar en el paraíso, el interior recordaba las descripciones de los palacios orientales; todo allí era artístico y suntuoso con un marcadísimo sello de arte griego, ese arte que respira vida. Nada había sombrío ni pesado. Luz, mucha luz, colores claros, estatuas sonrientes, y el rumor de las aguas, los cantos de los pájaros y aquel cielo siempre azul hacían que allí se pensara en vivir y nada más que en vivir.

Cuando Enrique llegó á divisar desde el camino la casa de D. Anselmo, que le señaló el conductor de su coche, se quedó asombrado al no ver más que unas altas tapias, y pensó que aquello parecía una cárcel ó un cementerio; pero aún fué mayor su asombro cuando puso el pie en el jardín y admiró tanta hermosura.

Un criado le condujo á una biblioteca como para



¡ADIÓS, HIJOS MÍOS! – *Strekoza*, marzo de 1890

sí la ha deseado el autor de este cuento. Era aquella habitación completamente circular, con una rotonda de cristales por donde se filtraba una luz que se graduaba con unos transparentes pintados con suaves colores y representando escenas de la mitología. Allí se veía á la ninfa Egeria en su bosquecillo de Ancona dictando á Numa las leyes que éste diera después á los romanos, á Icaro remontándose por los cielos con sus alas sujetas con cera, á Venus naciendo de entre las espumas del mar, una copia de la Dánae del Ticiano y otras muchas que no se mencionan en gracia á la brevedad.

En el centro de la biblioteca y sobre un alto pedestal veíase una estatua de Minerva; dando la vuelta á la habitación, una estantería de ébano admirablemente tallada, y entre los diversos cuerpos de ella airosas columnas de plata sosteniendo bustos de hombres célebres. Atriles para leer en todas las posturas, mullidos sillones, anchos divanes con almohadones de diversas formas y tamaños, cuadros firmados por insignes pintores antiguos y modernos, búcaros, ánforas y tíbores con flores y plantas que alegraban la vista.

Esperó breves momentos Enrique, y salió D. Anselmo, quien le abrazó cariñosamente y le dijo:

– Estaba seguro de que vendrías; gracias sin embargo. Estarás cansado del viaje, daré orden de que te sirvan lo que quieras y de que te conduzcan á tus



UNA CALLE DE GINEBRA, dibujo de D. José M. Marqués

habitaciones. Nos veremos mañana á la hora de almorzar. Hasta mañana.

Dijo esto D. Anselmo y salió de la biblioteca sin dar tiempo á que Enrique le dirigiera pregunta alguna, con lo cual aún se excitó más su curiosidad, cosa natural, pues todo aquello era bastante extraño.

Entró un criado, que se puso á su disposición; condujéronle al comedor, donde el mismo criado le sirvió la cena. Después le condujo á sus habitaciones, que eran tan suntuosas como todo lo que había visto en aquella casa que le pareció encantada.

Al siguiente día se levantó Enrique muy temprano, dió un largo paseo por el vastísimo jardín, subió después á la biblioteca, y para entretener el tiempo que faltaba hasta la hora del almuerzo y distraer así su curiosidad, que iba en aumento, se puso á hojear libros, revistas é *Ilustraciones*.

Grande fué su extrañeza al ver que casi ninguna de las obras que hojeó estaba completa; en unas faltaban páginas y capítulos enteros, en otras estaban borradas algunas líneas; algunos grabados de otras habían desaparecido, si estaban intercalados en el texto, por medio de una mano de pintura azul, y si ocupaban toda una hoja, había sido ésta arrancada.

¿Qué bibliófilo era aquel que así se entretenía en mutilar los libros y á qué obedecía aquella mutilación? Por más que pensó y buscó Enrique, no pudo hallar la explicación de aquel singular capricho

Creyó si obedecería á razones de una exagerada moralidad, pero no tardó en convencerse de que no era aquella la causa de las bárbaras mutilaciones; en algunas obras clásicas vió que habían sido respetadas frases y conceptos que hoy se consideran atrevidos y malsonantes.

Pensó en si un espíritu religioso habría borrado ideas heterodoxas; pero también encontró que en algunas obras, entre ellas las de Voltaire, habían sido respetadas ideas muy poco ortodoxas. Enrique llegó á sentirse molesto ante tantas charadas cuya solución no encontraba.

Por fin llegó la hora del almuerzo.

Entró en el comedor y ya estaban en él D. Anselmo y una mujer hermosísima, que le saludó muy cariñosamente.

– Enrique, dijo D. Anselmo levantándose del asiento que junto á la mesa ocupaba; esta es mi hija Elena; considérala y quiérela como á una hermana, y ten por cierto que ese cariño será pagado con creces. La felicidad de mi Elena y la mía está en tus manos. El sacrificio que ella y yo esperamos de ti no redundará directamente en beneficio nuestro, y sin embargo, si nos lo negases...

– Me atrevo á profetizar, interrumpió Elena, que no nos lo negará: es tan grande la recompensa, que el sacrificio ha de parecerle insignificante.

Enrique se encontró en una situación dificilísima: no se le ocurría contestación ninguna, ni era fácil en verdad que se le ocuriera; para salir del apuro acudió á una de esas frases hechas por la cortesía social. Durante un momento imaginó si todos aquellos misterios serían un prólogo inútil para venir á parar en un proyecto de matrimonio entre Elena y él, matrimonio que su padre concertara con D. Anselmo; mas al oir las frases que Elena pronunciaba se convenció de que no podía ser aquella la solución de tan complicado logogrifo.

– Estará excitada tu curiosidad, dijo D. Anselmo al terminar el almuerzo, y hora es ya de que se satisfaga. Escúchame con atención y no te extrañe si tomo la historia desde muy lejos y si en ella intercalo consideraciones que tal vez te parezcan enojosas:

«Al año de casarse mis padres vine yo al mundo; ocho años pasaron sin que mis padres tuvieran más hijos, y después, cosa rara, en el término de diez años tuve once hermanos. El cariño fraternal que Pilades sintió por Orestes y éste por aquél no fué mayor que el que yo sentí por mis hermanos.

»Llegó á los quince años el que me seguía en edad y se murió. Unos á los siete, otros á los nueve y el que más á los dieciocho años, todos siguieron el camino de la muerte. En todos ellos tuve ocasión de observar que durante los pocos años que vivían no fueron felices, y no lo fueron porque sabían que habían de morirse. El frío espectáculo de la muerte le tenían siempre presente, y no gozaron de la vida por el temor á perderla. Para ahuyentar de su imaginación aquel temor, inspiré á mis últimos hermanos la idea de otra vida más allá de la tumba; les hice creer ciegamente en la inmortalidad del alma; pero ¡ay!, no por eso maté en ellos el deseo ó, por mejor decir, el instante de vivir ni el temor á la muerte que presentían; ansiaban la vida del cuerpo y no les consolaba la vida eterna del espíritu. El último de mis hermanos murió cuando yo ya me había casado, habían nacido mis dos hijas y había sufrido una nueva y horrible desgracia. Mi mujer, mi Elena, había muerto al dar á luz á mi segunda hija Amalia.

»Mi pobre hermano Miguel me dijo poco antes de morir: «Sabes por qué no somos felices, por qué es tan temprana nuestra muerte? Porque sabemos que hemos de morir. Aquel á quien la ley condena á muerte y sabe el día fijo en que ha de abandonar el mundo, va muerto al cadalso. Por algo inexplicable, por algo extraño los individuos de nuestra familia, excepto tú, tenemos horror á la muerte, y el horror que por ella sentimos nos mata. Si hubiéramos vivido engañados, si hubiésemos creído en la inmortalidad, felices hubiéramos sido, y felices nos hubiera sorprendido la muerte.»

»Estas palabras de mi hermano me preocuparon durante algunos días.

»El sentimiento extraño que él dijo existía en nuestra familia, vi que también á mí me dominaba; yo no era feliz, porque sabía que tarde ó temprano vendría por mí la muerte. Entonces decidí que mis hijas fueran felices; mas para una de ellas era ya tarde. Mi hija Elena tenía ya idea de lo que es la muerte. Tenía ya trece años. Su hermana Amalia aún no contaba más que unos cuantos meses. Elena comprendió mi idea y se ha sacrificado por la felicidad de su hermana, que ha sido educada por ella y por mí y que no tiene idea alguna de la muerte, y es tan feliz como ningún mortal lo ha sido sobre la tierra.»

»Esta es la historia de mi familia, dijo D. Anselmo; oye ahora lo que de ti pedimos Elena y yo. Tengo ya setenta y cinco años y muy pocos más puedo vivir...

– Yo, interrumpió Elena con gran tristeza, adivino que no sobreviviré á mi padre. ¿Quién cuidará de nuestra pobre Amalia? ¿Quién la mantendrá en el error que tan feliz la hace? Si de pronto llegara á tener idea de la muerte, á la muerte iría como herida por el rayo. ¡Y yo no quiero que muera mi Amalia, mi Amalia del alma!

Dijo esto Elena con gran vehemencia y escapándose de sus ojos lágrimas en abundancia.

– Yo ofrecí á tu padre, continuó D. Anselmo, darte á mi hija Amalia en matrimonio, y te la ofrezco; es más: te ruego que la ames como la amamos nosotros; mas ya sabes en qué estriba su felicidad y la nuestra. ¿La harás feliz? ¿Nos harás felices á nosotros? Amala, y no la saques de su error; deja que llegue la hora de su muerte sin que la sienta venir.

Enrique, aturdido y sin saber á lo que se comprometía, ofreció cuanto le pidieron.

Elena entonces cogió sus manos y se las besó mientras que D. Anselmo le estrechaba entre sus brazos.

Aquella misma tarde conoció Enrique á Amalia.

Si le sorprendió su belleza, le maravilló su educación.

La primera parte de su promesa no le fué difícil cumplirla; amó á Amalia con el alma entera, con todos sus sentidos, y le pareció que eran poco dos ojos para admirarla y dos oídos para escuchar su voz dulcísima y acariciadora.

Amalia también le amó, pero con un amor loco y ciego, con un amor que para ella había de ser inmortal.

Muy difícil fué para Enrique sostener á Amalia en su error. Tan arraigada está en el hombre la idea de la muerte, que con dificultad reprimía juramentos de amor en que esta idea figuraba.

Amalia, que había recibido cierta educación literaria, creía que aún vivía Cervantes y Colón y Rómulo; pero no conocía ni aun el nombre de los grandes capitanes que dieron por la guerra celebridad á sus nombres, pues á la idea de la guerra había de acompañar la idea de la muerte.

Un día Enrique habló de Napoleón delante de Amalia.

– ¡Napoleón! ¿Quién, fué Napoleón?, le preguntó Amalia.

– Un grande hombre, contestó Enrique.

– ¿Qué hizo? ¿Escribió algún *Quijote*?, ¿alguna obra maestra? ¿Pintó cuadros como Murillo?

– No, dijo Enrique.

– ¡Ah! Entonces ya comprendo. Fué bueno, muy bueno, como los santos, ¿no es eso?

– Sí, sí; eso fué.

Otro día hallábase Amalia en el jardín, adonde iba Enrique á buscarla todas las tardes. Aquella tarde la encontró pensativa.

– Dime, Enrique mío; preguntó la niña. ¿Quieres explicarme por qué un canario que estaba en la pajarera de mi cuarto ha aparecido esta mañana inmóvil y frío? Le dí de comer y no comió, le puse en pie y no se sostuvo, y ya no canta ni salta Mi hermana me dijo esta mañana, como otras veces que ocurrió lo mismo con otros pájaros, que duermen, y que para despertar de ese sueño es preciso cambiar de lugar, y yo he observado que el que así se lo llevan ya no vuelve.

Una tarde llamó Elena á Enrique á la biblioteca y le dijo:

– Conozco que muy pronto voy á separarme de nuestra Amalia, y vengo á pedir tu ayuda para engañarla. Le diré que otro Enrique me espera muy lejos, que voy á buscarle y que tardaré mucho tiempo en volver. Amalia no ha conocido en el mundo más personas que á mi padre, á ti y á mí. Quizá la duela mucho separarse de mí. Consuélala tú.

Amalia escuchó la noticia de la separación con muy relativa tranquilidad.

– ¡Qué importa una separación por larga que sea, si hemos de volver á vernos! Vé, hermana mía, vé en busca de tu Enrique: si no fueras te dormirías como aquellos pájaros, y yo no quiero que sufras como debieron sufrir aquellos pobrecitos.

Elena se separó de su hermana y algunos días después se durmió con aquel temido sueño.

A las dos de la tarde de un caluroso día de Agosto murió Elena.

Amalia se hallaba en el jardín con Enrique.

El cielo, hasta entonces claro, comenzó á cubrirse de negras nubes; á lo lejos se oyó el tableteo de un trueno; los cielos se abrían y se cubrían de cintas de fuego.

Amalia sintió miedo á la tempestad, un miedo incomprensible en ella, que no podía temer á la muerte; más que miedo era una melancolía, una tristeza indefinible, que no lograban disipar las tiernas y amorosas frases de Enrique.

La lluvia les hizo huir del jardín. Enrique dejó á Amalia en sus habitaciones y fué á enterarse del estado de Elena, que ya había muerto.

Pasó al pabellón de D. Anselmo; y allí, ante el terrible dolor del hombre viejo, se olvidó por un instante de Amalia.

La tempestad seguía creciendo. Amalia sola en sus habitaciones llegó á sentir un verdadero terror. Huyó de su cuarto y comenzó á recorrer la casa gritando:

– ¡Enrique! ¡Enrique!

El cuarto en que había muerto Elena estaba abierto; á él llegó Amalia y vió el cadáver de su hermana. Quedóse muda y helada de espanto; la llamó una y otra vez; la besó; quiso abrir sus ojos, que quedaron entreabiertos y dejando ver las muertas pupilas.

– ¡Mi hermana ya no me mira, no me quiere!, exclamó llorando la pobre niña. No la han dejado ir en busca de su Enrique y se ha dormido para siempre.

Entraron en aquel momento D. Anselmo y Enrique; separaron á Amalia de aquel lugar, y sólo Enrique pudo consolarla.

Algunos meses después se casaron Amalia y Enrique.

Amalia era feliz, pero con mucha frecuencia quedábase triste y pensativa.

– ¡Pobre Elena mía! Ya no volverá nunca, nunca; no despertará de aquel sueño: también yo como ella me dormiría para siempre si me separaran de mi Enrique.

Un día despertóse en ella clara la idea de la muerte.

Tubo Enrique precisión de alejarse de ella por unos días, y Amalia sintió celos.

– En el mundo hay otras mujeres, dijo á su padre; si mi Enrique ama á otra, yo haría lo que mi hermana Elena.

– Tú, hija mía. ¡Morirte tú también!

– ¡A eso se llama morirse! Pues bien: sí, me moriría.

Volvió Enrique y calmó los celos de Amalia.

– ¿Sabes, le dijo ésta, que ya sé que dormirse para siempre es morirse?

– ¡Morirse!, dijo Enrique. ¿Y no tienes miedo á morirte?

– No; si á veces lo deseo, cuando estoy en tus brazos y conozco que me amas. ¡Qué placer dormirse y tener mis labios sobre los tuyos y estarse siempre, siempre así! Lo que no comprendo es vivir siempre, si no tuviera tu amor.

RAFAEL M.ª LIERN

EL PALACIO DE LOS REYES DE ARAGÓN

EN VILAFRANCA DEL PANADÉS

Destruída hace pocos años la magnífica casa que en la Vall del Castell había poseído la ilustre familia de Rocafort, sólo quedan como edificios importantes de la época de esplendor de Vilafranca la bellísima capilla que perteneció un día á los caballeros de la orden de San Juan, peregrino monumento del período de transición del románico al ojival, y el antiguo palacio de los Reyes de Aragón, propiedad hoy del Sr. D. José Baltá y Rodríguez de Cela, nieto y directo sucesor de D. José Baltá y Ferrer, que hace pocos



VILAFRANCA DEL PANADÉS. – ANTIGUA CASA PALACIO DE LOS REYES DE ARAGÓN

años la adquirió de los condes de Solterra, á uno de cuyos predecesores, Francisco de Palacio, la donó el rey Jaime I, con otras casas que en la misma villa poseía, el día 9 de agosto de 1236.

No hay para qué decir que semejante donación, con los honores, exenciones, franquicias y prerrogativas que la acompañaron, y se contienen en el documento de que se ha hecho mérito, fueron recompensa á los servicios prestados al soberano por el ilustre prócer, y tanto es así, que el rey no le puso otra condición y servidumbre que la de tener á su disposición, para cuando pasaran por dicha villa él ó sus sucesores y quisieran alojar y hospedarse en dicho palacio, doscientos cubiertos y catorce vasos (anáps), todo de madera, y además cuatro camas provistas de todos sus menesteres.

La donación otorgada por Jaime, por la gracia de Dios rey de Aragón, conde de Barcelona, etc, fué confirmada en 24 de mayo de 1503 por el rey don Fernando (el Católico), en virtud de petición que le hiciera D. Francisco de Babau, sucesor de la casa de Palacio, una de las familias más distinguidas y de mayor representación entre las que en aquellos siglos, y aun en tiempos á los nuestros más cercanos, han ejercido verdadera influencia en Vilafranca y en el Panadés. Compruébanlo los términos contenidos en las letras reales expedidas en la fecha mencionada, que juzgamos oportuno transcribir, fielmente traducidas del catalán: «Y vos, querido y estimado nuestro, »Francisco de Babau, caballero de Vilafranca, por »cuanto nos habéis manifestado y acreditado ser el le»gítimo sucesor de Fracisco de Palacio, y que como tal »teníais en pacífica posesión todo aquel palacio y sus »casas contiguas que, como privilegio especial, nuestro »antecesor el rey Jaime donó á Francisco de Palacio »y sus antecesores,... aprobamos y ratificamos, y si »menester fuera de nuevo concedemos á vos y á »vuestros sucesores, con los mismos privilegios y con»diciones, la expresada donación, imponiendo pena »de tres mil florines de oro á cualquiera que á ella se »oponga, aun cuando fuera nuestra hija muy amada »la ilustrísima Juana, princesa de Asturias.»

Fácilmente puede comprenderse que edificio de tanta antigüedad como revelan los documentos fehacientes que dejamos apuntados, había de haber padecido modificaciones de no poca monta, debidas unas á las injurias del tiempo, hijas otras de las nuevas necesidades que traen consigo los cambios que se experimentan en el modo de ser de la sociedad.

Ocupado en otros siglos por familias de la primera nobleza catalana, cuando éstas, siguiendo las vicisitudes de los tiempos, abandonaron los lugares donde radicaban sus fincas para trasladarse á las ciudades más importantes, vióse abandonado al cuidado de manos mercenarias al principio, para ser convertido más tarde en viviendas de alquiler, que solicitadas primero por familias de la clase media, sólo lo fué al cabo por otras de procedencia más humilde. Fonda ó parador de segundo ó tercer orden era al adquirirla el abuelo del dueño actual. Júzguese, pues, de las profanaciones de que en el transcurso de seis siglos y medio habrá sido objeto la regia morada que tuvieron en Vilafranca los soberanos de la casa de Aragón. De su noble empleo apenas si quedaban más señales que las almenadas torres que flanquean su frente, y el escudo de las barras que campeaba en las dovelas de su amplia portada, cuyo arco en plena cimbra había sido destruído para dar ingreso á uno de los coches, que, antes de existir la vía férrea, prestaba servicio para los viajeros entre dicha villa y la capital del principado. Sin exagerar puede decirse que era sólo sombra de lo que fué, amenazando convertirse próximamente en informe montón de ruinas el día en que mal tratado por los siglos y por los hombres se rindiera á su propia pesadumbre.

Afortunadamente para los amantes de las artes en general, y particularmente para los que lo son de las glorias de Vilafranca, su ilustrado posecdor resolvió restaurarlo sin pararse en dificultades, y lo ha llevado á cabo con un desprendimiento y entusiasmo que le honran. Dirigióse para ello al reputado arquitecto de Barcelona D. Augusto Font y Carreras, conocedor como pocos de la historia del arte ojival, lo mismo en sus aplicaciones á la vida religiosa que á la civil, el cual, después de haber estudiado detenidamente lo que del primitivo edificio quedaba en pie, pudo comprender cuanto del mismo había desaparecido. Lo presentía, lo adivinaba, y los hechos se iban encargando de demostrar todo lo que tenían de fundados sus presentimientos y cuán acertado anduvo al trazar los planos para la restauración, por cuyo medio, respetándose escrupulosamente lo esencial, en lo accidental haya resultado mejorada y acomodada á las necesidades de los tiempos modernos la obra debida á los primeros soberanos de la casa de Aragón.

Mejor que cuanto pudiéramos decir para dar una idea del edificio es la fotografía, reprodución del mismo, que insertamos en este número, que representa la fachada principal después de la restauración. Contemplándola puede comprenderse que se ha procedido concienzudamente por parte del artista; mas no es posible apreciar como no sea viéndolo el conjunto de bellezas que se encierran en el elegante vestíbulo, en sus ajimeces y esbeltas puertecillas de servicio, en la amplia y espaciosa escalera cuyo pretil adornan calados rosetones del mejor gusto, en la bella galería que se cobija en toda su extensión y desarrollo y en el lindísimo patio central, que al par que comunica grandeza y majestad al conjunto y proporciona abundante luz á las habitaciones interiores, revela la disposición é importancia de las mismas por medio de las aberturas de dis-



VILAFRANCA DEL PANADÉS. – TORRE DE LA ESTACIÓN METEOROLÓGICA EN LA CASA DE LOS REYES DE ARAGÓN



¡A LA SALUD DEL BUFÓN!, CUADRO DE EDUARDO GELLI, GRABADO POR MANCASTROPPA

tintas dimensiones y riqueza en los detalles, practicadas en las paredes que apean sobre los atrevidos arcos de dicho patio.

¡Qué armónico conjunto el resultante de todas y cada una de las diferentes partes y de los más insignificantes accidentes de las mismas, para el espectador que colocado en la parte superior de la escalera contempla el patio, teniendo á su frente las robustas paredes de la iglesia parroquial de Santa María, que la mano del tiempo ha ennegrecido y sirven de fondo al restaurado palacio, cuyas líneas superiores se dibujan sobre el intenso azul del firmamento!

Sobre él y contemplando el edificio desde la plaza del Olí, destácase, sirviendo de remate á la torre de la izquierda, un kiosco ó templete cuyas líneas, á pesar del servicio á que se halla destinado, ha hecho el arquitecto cuanto en su mano ha estado para que no chocaran con el estilo del palacio. Los aparatos que funcionan en los ángulos del mismo advertirían al menos entendido que se trata de un observatorio meteorológico. Y es que el Sr. Baltá y Rodríguez de Cela, que no porque sienta con entusiasmo las cosas de otros siglos deja de vivir en el presente, llevado de su afición á los estudios astronómicos y meteorológicos, ha querido que Vilafranca tuviera al par y en una sola pieza un edificio monumental de los siglos medios y un observatorio que por su disposición y por los magníficos aparatos de que dispone es digno, no de una población subalterna, sino de una capital de primer orden.

C. V. DE V.

UN INTÉRPRETE ALEMÁN

DE LOS DRAMAS DE ECHEGARAY

Mientras la España de dos hemisferios continúa llorando la pérdida del gran Rafael Calvo, el actor soñado por Echegaray para prestar vida á sus creaciones románticas y atrevidas, y mientras la musa catalana viste luto por el insigne León Fontova, cuyo acento parece que vibra aún en el Teatro Romea de Barcelona, como se desprenden los últimos aromas de una flor que yace marchita, en Alemania y en Austria despierta los ecos de la gloria una pléyade de eminentes trágicos y cómicos. Viena tiene ovaciones atronadoras para la ilustre coloñesa la actriz Carlota Wolter, condesa de Sulivan, la incomparable Safo y Medea de Grillparzer, así como antes aplaudía con frenesí á una sabia hija de Munich, la cómica Federica Gossmann, condesa de Prokesch-Osten, de que hubiera dicho Cervantes *que de la discreción lleva el trofeo*, y *anyorando* á su Mitterwurzer, el desertor del *Burgtheater*, se precia la Ciudad imperial de los Lewinsky, Sonnenthal, Hartmann, Baumeister, Krastl y Robert que demuestran que el *Burgtheater* de Viena es el mejor teatro del mundo germano.

Luis Barnay, que dirige en Berlín el teatro de su apellido, brilla entre los trágicos, mientras que el anciano Federico Haase debe sus laureles á su fuerza cómica, y las numerosas condecoraciones con que le han agraciado los príncipes de Alemania le habrán consolado de la desilusión que le proporcionaba el emperador Guillermo I diciéndole en audiencia particular: «Yo no doy ninguna cruz á un actor» Pero el verdadero comediante, aunque el francés Coquelin, el que fué íntimo amigo de Gambetta, diga lo contrario, no cambiaría sus laureles por todas las condecoraciones del mundo.

El afamado Ernesto Possart, cuya voz es un fenómeno como la del famoso recitante Alejandro Strakosch, es ora un excelente Federico el Grande, ora un inmejorable Ricardo III, ora un perfecto Manfredo (no el de Echegaray en *El seno de la muerte*, sino en el drama de lord Byron).

El arrebol de la gloria ha halagado también á un joven vienés que soñaba mirar su nombre tan alto como el mismo sol, ó lo que equivale á esto, tan alto como Luis Dawison, el que fué el gozo de las gentes y á quien la fama esculpió en su templo. Este vienés, que sabe herir las fibras del sentimiento, se llama *Carlos Wiene*.

España ha de quererle como al que lucha en los teatros de Alemania por el honor de D. José Echegaray y que supo alcanzar aplausos sin cuento honrando al actor alemán y al genio español. Tengo el gusto de presentar á los lectores á Carlos Wiene en el papel de Ricardo, el protagonista del drama *Vida alegre y muerte triste*, que en Nuremberg y en Innsbruck, gracias al arte con que una señora austriaca, residente en Colonia, vertió al alemán aquella concepción del dramaturgo castellano, y merced al genio del que como actor vela en Alemania por el lustre del teatro español, ha merecido un éxito que contará entre los más brillantes que ha obtenido, y ha obtenido muchos.

El campeón del arte de Echegaray está en la flor de su edad, habiendo nacido en la ciudad más alegre y más encantadora del Danubio, en el mes de mayo de 1852. Se parece, pues, al Ricardo joven del acto I, que no mira la vida sino por el prisma de la alegría. Pero el artista lo puede todo: sabe también convertirse en el mártir de su vida licenciosa, en el Ricardo viejo, imprimiendo á ese tipo un sello artístico de maravillosa verdad. Cada vez que veo á Wiene desempeñando el papel de Ricardo ó el del protagonista del drama *O locura ó santidad*, que el trágico austriaco ha arreglado para la escena alemana, exclamo con el poeta valenciano José F. Sanmartín y Aguirre:

> Aún el talento profundo
> en la patria de Romea,
> hace que el teatro sea
> el más glorioso del mundo.

Los padres de Wiene quisieron hacer de él un ingeniero; pero en vez de Sagasta habían de ver en él Echegaray y Talía un aventajado discípulo. La musa de Schiller habló al niño con encanto singular en el drama *María Stuart*, siendo para él la voz de sirena que le impulsaba á consagrarse al teatro.

La historia de los que se meten á faranduleros es una Odisea, y asimismo la del joven Carlos, demostrándole que en la senda de la gloria suelen brotar espinas: había días en que gemía sin un pedazo de pan para llevar á la boca, y encontrándose cerca del puente de Fernando en Viena, pensaba si debiese buscar el fin de su miseria en las ondas. El bueno de Antonio Ascher, que fué á la sazón director del Teatro de Carlos en Viena, vió lleno de compasión á su compañero de profesión, y descubrió en el novel actor condiciones tan raras, que le contrató para su teatro.

Breslau, Viena, Stutgart y Dresde son las escaleras en que subió Carlos á una altura envidiable. En Dresde está enterrado Dawison, pero allí vive Carlos Wiene dando gallarda muestra de su talento artístico y vertiendo bellas flores en la tumba del inolvidable trágico. Ya ha juntado dineros el pobre muchacho de antes, aunque no descubría el secreto del doctor Enrique Schliemann de hacerse de un pobrecito un Creso. Vive rodeado de su familia y rico en laureles, siendo un Ricardo joven y honrado. Le quieren y admiran los habitantes de la hermosa ciudad del Elba, como los de las famosas ciudades del Danubio, del Peynitz y del Inn. ¡Ojalá que le quisiesen también los españoles!

JUAN FASTENRATH

EL REINO DE SABA Y EL ORO DE SALOMON

Los recientes conflictos entre ingleses y portugueses en Africa, dan un interés de actualidad á la hipótesis de que el *Linterland* de Mashonaland no es sino el famoso reino de Ofir, cuyos barcos, al decir de las narraciones bíblicas, envió la reina de Saba á Salomón con el suntuoso presente de 420 talentos de oro, unos 80 millones de pesetas. El nombre de Sofala, puerto colocado al fondo de la bahía enfrente de Madagascar, puede ser una desnaturalización del de Ofir por la adición del prefijo S; además, la abundancia de oro en manos de los indígenas es cosa probada. Pero lo que más ha llamado la atención de los viajeros ha sido la existencia, en muchos puntos del interior, de ruinas como no las hay en ningún otro punto del continente negro, y que no es, al parecer, posible procedan de construcciones levantadas por la raza autóctona.

Los exploradores Carlos Mauch, G. A. Farini, G. C. Dawnay se han asombrado ante esas inesperadas apariciones de vestigios de vastos recintos construídos con bloques de granito con regularidad tallados y cimentados á veces, que, como ciertas arruinadas torres ó como algunos restos de diques, no pueden ser atribuídos á los primeros exploradores de oro portugueses de hace cuatro siglos. Parece evidente, sin embargo, á juzgar por el aspecto de obras defensivas que ofrecen y que Mr. J. M. Stuart compara con las ruinas aztecas de México, que sus constructores debieron pertenecer á una raza conquistadora extranjera, obligada á mantener su dominación por la fuerza. ¿Se trata de alguna de las grandes potencias comerciales del antiguo mundo, como los babilonios, hebreos, fenicios y egipcios? No se puede contestar á esto categóricamente; pero al decir de Mr. O. Neil, ex cónsul de Inglaterra en Mozambique, todo parece justificar la hipótesis de que allí estuvo el antiguo reino de Ofir.

NUESTROS GRABADOS

Beso maternal, cuadro de V. Gamba, grabado por Mancastroppa. – La expresión del amor maternal es uno de los temas favoritos de los artistas modernos; puede decirse que no hay pintor ni escultor contemporáneo que, siquiera una vez, no le haya tomado por asunto de algún cuadro ó de alguna escultura. Se comprende: pocos afectos existen que, en sus diversas manifestaciones, mejor se presten á la inspiración artística; hay en él tantas bellezas, tan variados matices, hermosos todos, que no es extraño que en nuestra época, poco entusiasta de otros ideales que un día estuvieron en gran predicamento, el arte se haya apoderado de éste, revistiéndole de formas seductoras.

En los asuntos modernos á la maternidad referentes, reúnense los más simpáticos elementos del sentimiento humano. Una madre joven, elegante, cuyas líneas se animan por la influencia del afecto más universal más dulce hacia su hija, y una niña en la edad en que la humana criatura más puntos de semejanza ofrece con los ángeles, de rizada cabellera y sonrosadas mejillas y en cuya frente brillan los destellos de la inocencia: he aquí los personajes de la bellísima composición de Gamba. Para condensar en un acto el amor maternal, el celebrado pintor italiano ha escogido el momento en que la madre y la hija, juntando los labios y entornando los ojos para gozar más intensamente de tan pura voluptuosidad, confunden en uno solo los dos besos salidos del fondo de sus almas y por la misma pasión creados.

Gamba, que en todas sus obras ha demostrado excepcionales aptitudes para los temas elegantes y graciosos, y cuyo pincel sabe siempre encontrar los tonos más delicados para sus finas composiciones, ha pintado en su *Beso maternal* un grupo sentidísimo y lleno de encantos, que revela un corazón abierto á todas las nobles afecciones que brotan al calor del cariño de la familia y que fecundan las lágrimas, ora de alegría, ora de tristeza, en que este santo amor se manifiesta.

* * *

Una calle de Ginebra, dibujo de José M. Marqués. – Ginebra es, sin duda alguna, la ciudad menos suiza de Suiza: su proximidad á Francia y las muchas relaciones que con esta nación mantiene danle más bien un aspecto francés, por lo que al idioma y á buena parte de las costumbres se refiere. Esto no obstante, la incomparable naturaleza helvética manifiéstase en ella con todos sus encantos imposibles de imaginar para quien no los ha contemplado; el lago Lemán es buena prueba de lo que decimos, y él solo bastaría para incluir á la ciudad en donde ejerció Calvino su dominio espiritual entre las más pintorescas poblaciones europeas.

Mas no es únicamente en las afueras donde tales bellezas se ostentan; también las tiene Ginebra en su interior, y si algunas pueden escapar á la curiosidad del turista, no faltan artistas que sepan apreciarlas y admirarlas cual se merecen.

Una de las calles de la ciudad que atraviesa en toda su longitud el Ródano hubo de llamar con justicia la atención de Marqués, quien empuñando el lápiz y abriendo el álbum, que no abandona nunca en sus viajes y que trae siempre lleno de preciosos apuntes, trazó el dibujo que hoy reproducimos, y en alabanza del cual nada hemos de decir nosotros que tantas veces hemos hablado con merecido elogio de su autor, sobre todo de sus estudios suizos, demostración elocuente todos ellos de cuán bien siente y ejecuta nuestro distinguido colaborador y del buen gusto que le caracteriza en punto á elección de temas para sus obras.

* * *

¡A la salud del bufón!, cuadro de Eduardo Gelli, grabado por Mancastroppa. – Esos infelices seres deformes y raquíticos que hoy inspiran lástima y para los cuales la caridad y la filantropía han creado en algunas partes benéficas instituciones sirvieron en otros tiempos de entretenimiento á los señores, que no perdonaban medio alguno, por contrario que fuese á la ley moral, para proporcionarse alegres distracciones en sus tristes y aisladas mansiones señoriales.

Y no fueron solamente los nobles los que tal aberración fomentaban, también los reyes tenían á gala poder ostentar en sus espléndidas cortes bufones contrahechos cuyas gracias rayanas casi siempre en desvergüenzas más de una vez hicieron desarrugar el ceño al monarca y provocaron las carcajadas de los cortesanos á costa de la dignidad y aun de la honra de alguno de sus compañeros.

Su vena satírica tenía ancho y libre campo en los palacios de los magnates: todo les estaba permitido á los bufones; podían ser insolentes, agresivos, desvergonzados, con una sola condición, la de hacer reir. La desfachatez, la irreverencia misma hacia aquellos que de otros labios sólo adulaciones admitían, se perdonaban en gracia al ingenio.

Los que de tan triste privilegio disfrutaban, triste sí, porque únicamente á sus deformidades lo debían, vestían ricamente, eran con magnificencia alojados y comían los manjares más suculentos que alternaban con los vinos más exquisitos. Fuera de la corte no les faltaban tampoco amigos y admiradores, con los cuales corrían aventuras y francachelas, en las que los chistes del bufón eran celebrados con risotadas ruidosas, á las que no ponían freno la formalidad y los respetos propios de la etiqueta cortesana.

El cuadro de Gelli representa á uno de estos desdichados bufones contrahechos en el momento en que llega á la taberna, en donde le esperan capitanes aventureros, que le acogen con entusiasmo y uno de los cuales copa en mano se adelanta á recibirle brindando á su salud.

En aquella figura rica y grotescamente vestida, ha sabido concentrar el artista todas las cualidades del tipo histórico que ha tomado como protagonista de su lienzo, condición que también se advierte en los militares, personajes bien estudiados y con destreza reproducidos. El fraile mendicante que se ha recogido en la taberna, donde le regalan con aquella caridad que en aquellos tiempos se acostumbraba, forma un contraste perfectamente entendido, que hace resaltar más el lado brillante del festejado y majestuoso bufón.

EL ANILLO DE AMASIS

NOVELA ORIGINAL DE LORD LYTTON, ILUSTRADA POR A. BESNARD

(CONTINUACIÓN)

»¿Qué haces aquí? ¿Qué haces?... ¿Por qué te retardas en los senderos de la vida humana? ¿Por qué andar así disfrazado entre la gente honrada?... El mal está en ti, porque encierras algo de sacrílego en tu pecho. ¡Huye! Llevas un disfraz y te han marcado con un sello Mientras sea tiempo aún, apártate de todo lugar habitado, lejos de los hombres y más lejos aún. ¡Huye de ti mismo, condenado, huye!...

Segunda página. – »¡Mujer! ¡Cisma eterno en el alma del hombre! ¿Por qué le despojas de su fuerza, puesto que este robo te debilita? ¿Por qué le privas de su voluntad, puesto que tú pierdes tu energía? ¿Quién te dió y con qué fin, sino para tu propia pérdida, la fuerza irresponsable y sin límites que ejerces sobre nosotros?

»Un año tras otro, día por día, hora por hora, me he absorbido en el estudio de esa alma deliciosa. He vivido en el silencio y la calma, reteniendo el aliento para seguir en sus menores fases el desarrollo de esa rica naturaleza. ¡Con qué ternura he vigilado el crecimiento de tantos gérmenes deliciosos! Yo conocía los cuidados que cada uno de ellos reclamaba; hubiera podido decir qué flor prometían... ¿Y ahora?...

»¡Una brisa de estío, un soplo pasajero, un tibio efluvio, tal vez una vuelta de vals, una canción, ó solamente la ligera influencia de un roce accidental han decidido de su suerte y de la mía, dando la llave de ese paraíso á un húsar!... ¡Ah! La desgracia no viene por los caminos bien guardados; pero ¿qué importa? ¡Viene!...

Tercera página. – »¡La muerte, el fin, la nada!... Esto es cuanto veo al término de toda carrerra. Tú has sufrido ayer para sufrir también hoy. ¿Y de qué vienes á quejarte ahora? ¡Querías vivir; pues ya has vivido! ¿Quién te prometió más?... No, no es verdad, yo no he querido vivir nunca y jamás dije á nadie: «Abreme las puertas de la vida.» Y si yo no he pedido esta existencia, ¿quién puede obligarme á conservarla?... Sea. ¡Pero si la muerte no fuera nada!... ¡Y si la vida y de consiguiente el dolor no tuvieran fin!

Cuarta página. – »..... ¡Ah! ¡Cuán profundamente penetran en mi corazón las raíces del pasado!... Es inútil que yo, extraño sepulturero, intente desenterrar todos esos muertos queridos que florecen en el jardín del recuerdo; á cada golpe de azadón la sangre brota y siento que todo ese pasado vive y palpita... Mi infancia me sonríe á través de sus lágrimas y suplícame exclamando: «¿Qué mal te hemos hecho, amigo?»

»¡No, no puedo! Sonreídme como en otro tiempo, dulces estrellas inocentes de mis jóvenes años; yo no sé si me habéis hecho mal, dulces ojos brillantes, pero sí que no os apagaré nunca!

Quinta página. – »En la vida todo se comienza de nuevo; vuelve tú, pues, pobre alma mía, á comenzar tu tarea, puesto que has despertado ya; mas no te detengas para contemplar las ruinas del pasado, porque se ha perdido y no puedes reconstruirle. Y sobre todo, no edifiques más. La felicidad es un ave del cielo; sale del seno de Dios, y no gusta de la morada de los hombres. Va y viene, remonta el vuelo y detiénese mientras que tú apuras la vida en buscarla. Duerme más bien, sí, duerme descuidada, inconsciente, inerte; tal vez entonces el ave celestial desplegará sus brillantes alas sobre tu frente llena de sueños. Retén el aliento, no hables, no le des la bienvenida, porque apenas hayas dicho «¡ya la tengo!» habrá huído para no volver jamás.

Sexta página... – »¡Al fin! Un resplandor divino que baja de las celestes cumbres, se difunde en mi alma, la fortifica y la invade, y á su luz fulgurante veo la imagen más sublime que el hombre pueda contemplar en esta tierra.

»¡El Deber!

»¡Yo te saludo, brillante arcángel, que aplastas bajo tu pie victorioso la hedionda serpiente! Tu voz nos llega del otro mundo: los que la escuchan hallan en ella el consuelo y el reposo.

»¿Cuál es mi deber?

»¡Comenzar de nuevo el sacrificio, el sufrimiento silencioso.»

JULIETA Á TERESA

«Me considero feliz al decirte que nuestra ansiedad respecto á Conrado se ha desvanecido ya. Su vigorosa constitución ha resistido victoriosamente á la fiebre que nos alarmó en un principio.

»El necio temor que me infundía tener que anunciarle mi matrimonio era de todo punto injustificado; y cuando después de restablecido, nuestro padre le dió cuenta en mi presencia y la de Félix de las promesas que nos habíamos hecho, mi corazón latió con tal fuerza y me asusté tanto, que no osé arrostrar su mirada, aunque comprendía que la suya estaba fija en mí. Pero Conrado se contentó con decir: «¿Cómo habéis podido suponer, hijos míos, que esto pudiera ser cosa nueva para mí? Yo sabía hace largo tiempo, y mucho antes de que pudierais pensarlo, que os pertenecíais uno á otro. Mi más caro deseo se ha realizado ya, y tan sólo esperaba este instante para deciros que yo también tengo hecha mi elección; de modo que en Larnstein habrá dos bodas en lugar de una.»

»No puedo expresarte, querida Teresa, el asombro que nos produjo esta noticia, y te aseguro que me alivió del gran peso que tenía en el corazón... ¿Lo confesaré? No estoy tan satisfecha como debería, y la elección de Conrado me disgustó, pues destruye el ideal que de él había concebido. ¡Me parecía siempre tan desinteresado!... ¿Conoces el interminable pleito sostenido por causa de la propiedad de Weisemberg en Als? El dueño actual no tiene hijos, y su sobrina es heredera de sus bienes: esta circunstancia dificultaba todo arreglo; pero se hicieron en secreto proposiciones para terminar la diferencia por una alianza entre las dos familias. Parece que el objeto de la última excursión de Conrado á Breslau fué visitar á la heredera, y dijo que su presencia confirmó la impresión favorable producida en él por todo cuanto había oído decir antes sobre su carácter y educación, por lo cual acababa de tomar su partido. Sin embargo, nada se ha fijado aún y de consiguiente te ruego que por de pronto consideres esta carta como confidencial. ¿No es casi increíble? No puedo acostumbrarme á esta idea. Según el conocimiento que tengo del carácter de Conrado, comprendo que el matrimonio sea para él asunto de la más detenida deliberación, pues obra muy poco por impulso.

»Pero cuando le oigo hablar de la joven heredera de Weisemberg, cuyo corazón, segura estoy de ello, late más apresuradamente tan sólo al oir el rumor de sus pasos, me aflige pensar que para el hombre con quien se une la pobre niña no vale apenas más que un antiguo pleito.»

EXTRACTO DEL DIARIO DE CONRADO DE ROSENECK

«¡Desgraciado el ser humano, hombre ó mujer, á quien se considere como un ser superior! Los talentos ordinarios son tan incapaces de experimentar una simpatía inteligente por los que les aventajan, que su admiración, aunque no sea envidiosa ni recalcitrante, conviértese en terrible tiranía.

»En cada carácter formado por la mano de la naturaleza hay cosas anómalas, defectos de simetría, desigualdades en número incalculable; pero en los caracteres que nos atribuímos mutuamente se exige una conformidad invariable en los tipos según los cuales los concibió nuestro espíritu; cada uno de ellos debe ser una máscara rígida, sin elasticidad, que una vez puesta no se debe quitar jamás. Supongamos que un hombre tiene cierta reputación de fuerza ó de sabiduría superior: sus más caros amigos, sus parientes más próximos no le perdonarán nunca un momento de debilidad ó desfallecimiento moral; le han impuesto arbitrariamente un carácter de su propia creación y llámanle su ideal de aquel hombre mismo, insistiendo para que adopte esa forma ideal, se mueva y respire como ella.

»Pero ¿y si no puede hacerlo?... ¡Pues entonces, que deje de vivir, de respirar y de ser!... ¡Oh! ¡Si se pudiera escapar por una vez, ó para siempre, de esa prisión aborrecida y sofocante, que cada día es más estrecha é intolerable y está más cerrada!

»¿Y si yo pudiese?... ¿Qué sucedería?... En el momento mismo de mi primera evasión y de hallarme en una atmósfera verdadera y real, la confianza y el afecto se convertirían en desprecio y execración y exclamarían: «¡Atrás, impostor desenmascarado, hipócrita y embustero!»

»Ciertamente no existe bajo el sol despotismo más cruel que el del aprecio falto de simpatía.»

JULIETA Á TERESA

«No se ha fijado aún día para nuestro matrimonio y los amores de Conrado parecen progresar con mucha lentitud. Habla vagamente de ir á Breslau á fin de mes y supongo que mi enlace se verificará á su regreso. Seré muy feliz si antes de salir de Larnstein veo á nuestro querido Conrado contraer la unión apetecida por él hace tanto tiempo. Mi vida es aquí tan completamente feliz, que la idea de un cambio, por dulce que pueda ser, me hace temblar. No creo que mi amor ó el de Félix disminuyan, pues parece que hemos nacido el uno para el otro; pero cuando miro á mi alrededor y considero cuán grande es la parte de dolor que á cada cual se nos ha señalado en la vida, pregúntome con una especie de terror santo ante esa felicidad sin nubes, si es posible que una dicha tan grande como la mía dure siempre...

»Pero he aquí á Félix; le he prometido dar con él un paseo por el molino á eso de las cuatro, y aunque ha venido media hora antes, no puedo hacerle esperar, porque soy una esclava á todas horas del día. Adiós, pues, por el pronto, mi querida Teresa.

»Tu tierna y querida amiga

»JULIETA »

EXTRACTO DEL DIARIO DE CONRADO DE ROSENECK

«¿Quién es ese verdugo tenaz é insaciable?...

»¿Un deseo?...

»No, no es un deseo. Al fin he reconocido su verdadera naturaleza; es menos y más que un deseo. ¡Es una envidia ardiente!

»Aún tiene la fascinación de la mentira y el terror de la verdad; no promete ni afirma, pero reclámalo todo con insistencia, con la avidez feroz y salvaje de una fiera. En vez de dominarse, excítase por la vista de lo que es inaccesible. Lo que está prohibido le aguijonea hasta el frenesí y lo busca con avidez. Vacía por sí misma, precipítase en el vacío; lo que ama es la investigación por la investigación, la persecución sin objeto, la carrera sin meta determinada.

»¡Demonio roedor, sal de estas venas que has envenenado y en las cuales te ocultas como en una emboscada! Harto conozco tu nombre infernal. No eres el amor, sino la lujuria. ¿Debo ceder á tan vil tentador, yo, mártir de una fe tan pura?... ¡Jamás!...

»Bajo un disfraz podrías engañar un instante la credulidad de un espíritu enfermo; pero no á mí. ¡Te desafío!... ¡Por más que hagas penetrar en mis carnes vivas tu virus de perro hidrófobo, no arrancarás una concesión á la pureza inflexible de mi alma; pero osa usurpar aun la figura de la esperanza, ó profanar, al pronunciarle, el nombre de prometida, y te daré muerte, aunque debiera sucumbir del mismo golpe!»

JOAQUÍN FURCHTEGOTT SCHUMANN,

Á LA BARONESA TERESA LUTZOW DE MEYENDORFF

«Ilustre señora:

»Tomo la pluma humildemente, como mi deber y mi profundo respeto lo exigen, para dar cuenta á su señoría de la irreparable desgracia que á Dios plugo imponer á la noble familia del conde, mi alto señor y muy querido amo.

»Por eso, ilustre señora y en cumplimiento de las órdenes expresas que he recibido, me atrevo á dirigirle estas tristes líneas, porque el señor conde espera que la apreciada presencia de vuestra señoría aliviará la inmensa aflicción de la señorita Julieta.

»Confío que dispensará á su humilde servidor si

con este triste relato, que el deber me impone, ocasiono un pesar profundo á vuestra señoría.

»Ayer, 14 *hujus*, *scilicet*, día de la Elevación del Santo Sacramento, á las ocho de la mañana, que era muy nebulosa, los dos señores jóvenes, mis nobles amos, quisieron ir al río para cazar patos. Cuando saltaron á la barca, soplaba un ligero viento del Sur en dirección de la corriente, y por lo tanto pusieron una vela pequeña, lo necesario para gobernar la lancha. Su intención era atravesar el río Weidnitz en el punto en que comienza la gran curva, más allá del molino antiguo, que está á tres cuartos de legua (salvo rectificación, pero lo más aproximadamente posible), frente al gran pantano bien conocido de vuestra señoría.

»Con los señores iba el hijo del guarda, joven de buen carácter y muy honrado, como vuestra señoría no lo ignora, y dejaron á la perra correr tras ellos por la orilla. Mi joven señor Félix estaba muy alegre en la mañana en que ocurrió el triste acontecimiento, mucho más que de costumbre, según lo observó el hijo del guarda, quien ha declarado también que, mientras el señor Conrado estaba en el timón, el conde Félix se había colocado de pie en cada lado de la barca, haciéndola balancear, con gran contento suyo, tan pronto á un lado como á otro, cual si fuese una cuna.

»El señor Conrado le suplicaba muy formalmente que permaneciera quieto, diciéndole que el agua era muy profunda en aquella parte del río, y que si por desgracia llegaba á caer no podría nadar, á causa de sus pesadas botas de caza A pesar de todo, el joven señor estaba tan extraordinariamente alegre, que no hacía caso de cuanto se le decía, limitándose á contestar «que sus pesadas botas impermeables le parecían tan ligeras como un par de escarpines.»

»En aquel momento, ilustre señora, un corzo, según me han informado con toda exactitud, salió de la espesura inmediata al río, y la perra, que es animal de buena casta, aunque un poco salvaje, pero que se conducirá mejor cuando esté amaestrada, comenzó á correr en seguimiento del corzo y no quiso volver cuando se la llamó.

»Entonces mis jóvenes señores, dejando saltar á tierra al hijo del guarda, diéronle orden de buscar la perra é ir á reunirse con ellos otra vez un poco más allá, frente al pantano.

»El muchacho me refirió que, mientras corría tras la perra, pudo oir algún tiempo aún las carcajadas de mi ilustre amo el joven conde; pero transcurrió una hora antes de que pudiese volver, después de haber castigado al animal como merecía. Entonces se dirigió al sitio indicado; mas al llegar, vió con gran sorpresa que la barca estaba mucho más allá del punto que se le señaló y que flotaba vacía, sin que se hallase, ni cerca ni lejos, ninguno de los dos jóvenes señores El muchacho pensó al pronto que sus señorías habrían ganado el pantano y que la barca mal amarrada, se había desatado. En su consecuencia esperó bastante tiempo inmóvil, para no espantar á los patos; pero al fin, como no oyese nada y temiera algún accidente enojoso, disparó algunos tiros. Ni esta señal ni sus llamamientos y voces obtuvieron contestación alguna. Entonces, al mirar á su alrededor, muy perplejo, llamóle la atención algo suspendido en la rama de un sauce, por la parte del pantano grande; y cuando el muchacho llegó cerca del árbol para averiguar lo que era, reconoció el sombrero de su señor, el conde Félix. En el mismo instante la perra aulló tristemente.

»Ilustre señora, entre la gente de nuestro país y sobre todo tratándose de cazadores, esto se considera como un mal presagio, y en la presente y dolorosa ocasión era verdaderamente malo.

»Entonces, sin poder contener sus lágrimas, el muchacho corrió al castillo, donde su presencia produjo gran trastorno.

»Añadiré que el que escribe estas líneas, su muy humilde servidor, se hallaba casualmente en el castillo, y que seguido de algunos compañeros, corrió al sitio en que había ocurrido la escena fatal. Allí pusimos á flote una barquilla para explorar el fondo con largas pértigas, pero la corriente era rápida y siento decir que nuestros esfuerzos fueron infructuosos. En aquel momento, las orillas estaban ya llenas de gente y hubo varios hombres que se arrojaron al agua, sin que ninguno pensara en su propia vida: tanto es el amor que todos profesan á la noble familia del señor conde.

»Al fin, algunos de los que estaban en el agua comenzaron á proferir gritos y á llamar á los que íbamos en la barquilla, y al llegar al sitio fatal, presenciamos un triste espectáculo: el cuerpo de mi señor el conde Conrado llevado en brazos de aquéllos, porque había perdido el conocimiento; tenía la ropa empapada y el rostro tan cubierto de cieno y de agua, que daba lástima verle. Observé que las manos estaban estrechamente unidas detrás de la cabeza.

»En tal estado condujímosle al castillo, donde, por la gracia de Dios, el doctor se encontraba allí, porque mi ilustre señora, la noble madre del señor conde, padecía de un lumbago agudo. Por medio de algunas fricciones, el calor y otros remedios, se le pudo volver á la vida, pues ya estaba moribundo; pero no se ha descubierto rastro ni vestigio del joven conde Félix, á quien siempre lloraremos.

»El infeliz hermano del difunto, el señor conde Conrado, tiene el ánimo tan perturbado y afligido, que aún no se han podido precisar los detalles exactos de ese triste acontecimiento. Vuestra señoría sabe muy bien ya que el señor conde amaba tiernamente á su hermano, y ahora hállase agobiado por el profundo pesar que le causa tan dolorosa pérdida, tanto que parece estar fuera de sí: digo esto con el debido respeto que vuestra señoría merece.

»Parece, sin embargo, demasiado cierto que nuestro joven señor Félix cayó al agua mientras que hacía oscilar la barca, según ya he dicho, y su infeliz hermano debió hacer desesperados esfuerzos para salvarle, pues no sólo tenía las ropas cubiertas de hierbas y arena, que se adhirieron sin duda mientras se hallaba en el fondo del río buscando al difunto Las botas se habían estrechado de tal modo, que fué preciso cortarlas para quitárselas.

»Al terminar estas tristes líneas, permítame su señoría añadir que, á no ser por las órdenes expresas del señor conde, no me habría atrevido á tomar la pluma.

»También tengo el honor de manifestar á su señoría que he dado orden de preparar varios tiros de caballos en todo el camino, á fin de que su señoría pueda llegar al castillo con toda la celeridad posible.

»Con el más profundo respeto y como es de mi deber, en cuanto estas tristes circunstancias me autorizan, tengo el honor, ilustre señora, de ofrecerme como su más humilde y obediente servidor,

»*Joaquín Furchtegott Schumann*
»Intendente del señor conde de Roseneck»

IX

LA MANO DE SEB KRONOS

Los papeles que me había confiado el conde de Roseneck arrojan poca luz sobre los años que transcurrieron entre los acontecimientos referidos en el capítulo anterior y los que aún debo relatar.

Todas las cartas escritas por Julieta á su amiga, la señora de Meyendorff, durante el primer período de su viudez virginal, fueron retiradas de la correspondencia antes de entregármela, y no he tenido ninguna indicación sobre lo que pasó en Larnstein seguidamente después de la muerte del conde Félix, como no sea un extraño librito de memorias, lleno en gran parte de reflexiones religiosas, pero que también contiene algunas raras notas trazadas con mano débil, sin duda por la madre, y casi de todo punto ilegibles.

El pesar que el conde y la condesa experimentaron por la muerte de Félix debió aumentar su ansiedad respecto al estado de salud del primogénito, único que sobrevivía de todos sus hijos

Insensible á la presencia de los que le rodeaban, Conrado vagaba por todas partes como un espectro que no puede hallar reposo en ninguna. Pasaba días enteros en el lugar mismo donde se le encontró después de la desesperación de Félix, observando el río con extraviado mirar; y llegada la noche, el rumor de sus pesados pasos no se detenía nunca ante aquellas puertas que ninguna mano abría ya. A las altas horas de la noche oíasele pasear en su habitación, siempre cerrada con llave; y sus padres, poseídos del dolor más profundo, no trataban de perturbar aquella soledad Al pasar por delante de su estancia percibían algunas palabras y á veces gemidos.

De repente, no obstante, notóse en él un gran cambio: por más que siguiera mostrándose taciturno, entregóse de nuevo con toda regularidad á sus quehaceres anteriores. Al rayar el día, montaba á caballo y ocupábase activamente hasta la noche en sus propiedades. Acompañado del inspector, visitábalo todo, ponía orden donde era necesario y adoptaba para el porvenir medidas que parecían indicar la intención de ausentarse por largo tiempo. En el transcurso de una sola semana fué tres veces á Breslau; á la siguiente visitó también esta ciudad, pero esta vez no volvió. Tres días después, el cochero que le había conducido regresó con una carta para el anciano conde, carta en la cual Conrado se despedía de su familia en términos que indicaban la vehemencia de su pesar y en la que menudeaban las reconvenciones incoherentes contra sí mismo por la muerte de su hermano. Decía que desde entonces la existencia era para él una carga apenas tolerable; que no podía esperar tranquilidad ni alivio mientras permaneciese en los lugares que á cada momento le recordaban la causa de su aflicción, y que por lo tanto había resuelto marchar á San Petersburgo á fin de alistarse en el ejército ruso, que se hallaba entonces en el Cáucaso. Suplicaba á su padre, á su madre y á Julieta que perdonasen su memoria en el caso de que no volvieran á verle.

A la familia no le sorprendió mucho esta resolución ni los términos en que se anunciaba. Comprendía que Conrado no tenía motivo alguno para dirigirse reprensiones; pero la desgracia que acababan de sufrir era tan imprevista y tan estrechos los lazos de unión de los dos hermanos, que se podía admitir que solamente el hecho de haber sido único é impotente espectador de aquella catástrofe acrecentaba más aún la angustia producida por el recuerdo.

Conrado estuvo cerca de tres años ausente de Larnstein; sus cartas eran raras y cortas; pero en la primavera de 1817, su padre recibió al fin una muy larga en que anunciaba su regreso. Cuando la familia penetró en la habitación del anciano conde, halláronle muerto en su sillón con la carta en la mano: había fallecido sin sufrimiento á consecuencia de un ataque de apoplejía, y sus ojos estaban suavemente cerrados, cual si se recreara en la esperanza de la vuelta de su hijo.

Conrado, pues, entró como dueño y señor en Larnstein, donde aún reinaba el duelo. El paso firme que entonces resonó en el antiguo salón del castillo era el de un hombre acostumbrado, por la fatigosa vida de los campamentos bárbaros, á sufrir y á mandar; su elevada estatura comunicábale un aspecto más digno, que parecía realzar su persona, y por su vigorosa contextura asemejábase á una estatua de bronce en que un escultor hubiese encarnado la figura de un semidiós soñado por él. Además observóse en Conrado como carácter distintivo esa bondad propia de los hombres que supieron dominar violentas pasiones; que han adquirido por lo mismo confianza en su fuerza, la cual llega á ser su prerrogativa, y que imponen su autoridad á los demás. Es el atributo de aquellos á quienes toca en suerte una precedencia indiscutible en la gran ceremonia de la vida.

No obstante, el cambio más imprevisto en Conrado era su afán de hablar á menudo y con franqueza de todo cuanto era más doloroso en los recuerdos de Julieta y de su madre. Lejos de eludir este asunto, procuraba que se fijase en él la atención, y hacíalo de una manera tan delicada y discreta, que las dos damas se acostumbraron irresistiblemente á conversar sin reparo de todo cuanto se refería á la muerte de Félix. Así, poco á poco, bajo la influencia eficaz de Conrado, estos recuerdos dolorosos se confundieron armoniosamente en el gran cuadro de las cosas pasadas; conservaban el sello de la melancolía, pero dejaron de ser tan tristes. Conrado desplegó la más consumada habilidad en la composición sugestiva de esta pintura mental, suavizando poco á poco todos los rasgos algo duros del fondo, dando á veces un retoque más vivo en los primeros planos y esforzándose para disimular cuidadosamente la parte de iniciativa que en esto había tomado.

Los pensamientos de Julieta se habían fijado durante dos años en estos tristes recuerdos, en el continuado silencio de un aislamiento riguroso; pero comenzaba á comprender el encanto de que se privara tan largo tiempo, es decir, la comunidad de ideas y el consuelo que proporcionaba interesarse en las mismas cosas. Conrado se valió de todo su arte para que considerase el cambio que en ella se operaba como resultado espontáneo de su propia voluntad, y en esta obra de consuelo apelaba á los esfuerzos más infatigables y á la más continua paciencia.

Poco más de un año después de su regreso á Larnstein, la anciana condesa fué á reunirse con su esposo y se la enterró junto á éste en el panteón de la familia. Como Julieta y Conrado se hallasen junto á la tumba de su madre común, la muerte, que reunía de nuevo á los ancianos padres, parecía indicar á los dos jóvenes que solamente su unión les preservaría de una soledad insoportable, y Julieta no encontró nada que oponer cuando Conrado abogó en favor de este enlace, no con la pasión de un enamorado, sino con el sentimiento patético de un amigo fiel á toda prueba. Hizo esta súplica con la abnegación completa del que sacrifica todo deseo personal, como hombre que renunciaba á toda dicha, cualquiera que fuese, desde el momento en que él no tenía derecho para esperarla, ni ella podía concederla. Por otra parte, hubiérase dicho que, demostrando la mayor delicadeza, miraba como suyas to-

das las consideraciones de interés exclusivamente personal que hubieran podido impulsar á Julieta á no rehusar la proposición. Así llegó aquélla inocentemente á considerar como noble deber y santo sacrificio una medida ante la cual hubiera retrocedido con invencible repugnancia en el caso de basarse en razones de un orden diferente. En vez de decir: «Eres huérfana,» decía: «Soy huérfano.» Hubiera podido evocar las relaciones que entre ellos crearon recuerdos comunes del pasado y un mismo sentimiento por la pérdida de los que ya no existían, como si estas relaciones hubiesen llegado á ser por costumbre necesarias para su vida; pero no hacía alusión sino considerándolas cual origen de fuerza vivificante para él mismo.

No obstante, en el alma de Conrado no había tanta tranquilidad como pudiera creerse, á juzgar por el aspecto exterior. Hallaremos una indicación de su estado en el fragmento siguiente de una carta de Julieta, escrita unos meses antes de la muerte de la anciana condesa y antes también de sus desposorios con el conde.

ULIETA Á TERESA

(Extracto)

«Comienzo á temer que las fatigas de su última campaña han producido una gran alteración en la salud de Conrado, hasta un punto que su aspecto habitual y su gran fuerza muscular no permiten reconocer. Hay momentos en que su rostro parece perder completamente toda la sangre; sus ojos están á veces fijos y vidriosos y sus facciones se contraen como por un espasmo terrible. Semejantes ataques, según dice, son efectos ulteriores de una fiebre violenta ocasionada por una herida que estuvo á punto de serle fatal. Cree también que los remedios vulgares usados por los cirujanos militares rusos han atacado su constitución de una manera más grave que la fiebre misma.

»Estos accesos, aunque penosos, no parecen ofrecer peligro; pero jamás olvidaré la noche en que vi por primera vez una de esas crisis.

»Conrado y yo jugábamos al ajedrez, y mamá dormitaba en su sillón cerca del fuego; era noche de mucho viento, por lo cual oíamos de continuo rechinar las puertas en las habitaciones vacías del piso superior, y en toda la casa resonaban extraños rumores y como gemidos, mientras las hojas secas, arremolinadas por el cierzo de otoño, chocaban contra los cristales, produciendo incesante murmullo. Conrado, inútil me parece decirlo, es gran jugador de ajedrez y en cambio yo no entiendo gran cosa en este juego; mas por vez primera, parecióme haber adivinado desde un principio el plan de batalla de mi adversario y había arreglado mi juego de tal manera que, cuando comprendió el ataque contesté con una contra jugada que le sorprendió. Durante un momento, hubiérase dicho que había perdido completamente la paciencia y al verle tan excitado, agucé el ingenio cuanto me fué posible para contrarrestar sus jugadas tan audaz y hábilmente dirigidas. Empeñábase de tal modo en perseguir mi reina, que le faltó su prudencia habitual, dejando así en descubierto su rey. Sin embargo, al fin le oí exclamar: «¡Ahora, Julieta, ya no te escapas!» Al decir esto, hizo con su caballo una sabia jugada, precisamente cuando yo pensaba darle jaque mate. Me enojó esto de tal manera, que estuve á punto de hacer rodar las piezas; pero de improviso y como por encanto, el aspecto de la partida pareció cambiar completamente: una sola pieza había efectuado este milagro. Una torre que yo creía haber guardado como reserva, bien protegida en un ángulo del campo enemigo, hallábase entonces en posición más avanzada, jaqueando el rey de mi competidor. Yo no observé esta torre hasta que Conrado levantó la mano del tablero, y entonces creí por un instante que la manga de aquél la habría desviado de su sitio; mas como había otras piezas que en tal caso habrían caído, aún me es imposible explicarme cómo atravesó la mitad del tablero sin que yo lo notara. De todos modos, no tuve tiempo para profundizar el misterio, pues al volverme hacia Conrado observé que su rostro estaba lívido, sus labios cárdenos, y que su mirada, espantosamente fija, tenía una expresión de terror indecible. Como para aumentar el horror de esta repentina metamorfosis, mamá, que soñaba durmiendo, murmuró: «¡Sí, Félix, ya lo sé, ya lo sé!»

»Quise ayudar á Conrado, que se levantaba de la silla, pero rechazóme con la mano y salió vacilante de la habitación, tocando las paredes cual si estuviera ciego.

»Por fortuna, mi madre dormía cuando ocurrió todo esto y yo no le dije ni una palabra. Más tarde preguntéle en qué soñaba al repetir las palabras que murmuró; pero me dijo que lo había olvidado todo y que ni siquiera se acordaba de haber soñado.

»No hemos vuelto á jugar al ajedrez desde aquella noche, y me parece que habrá sido la última partida, pues no me siento con valor para otra, por lo menos siendo mi competidor Conrado.»

. . . .

En otra carta, escrita poco más ó menos hacia la misma época, Julieta se expresa así:

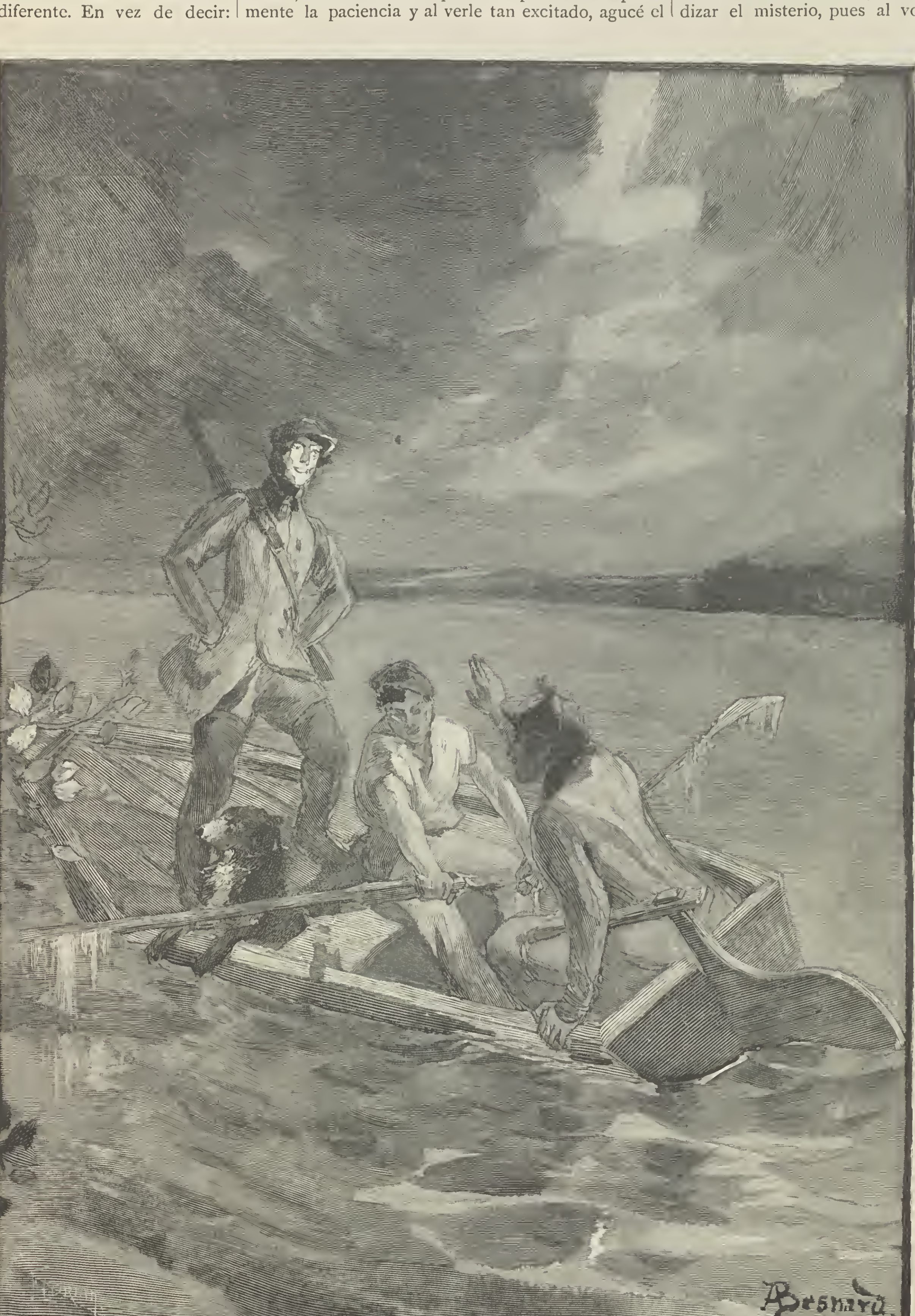
«Temo, querida Teresa, que Conrado trate de ocultarme la causa verdadera de sus misteriosos accesos y que éstos tengan alguna relación con los terribles recuerdos del 14 de septiembre.

»Lo comprendo muy bien y mi ansiedad no es menos angustiosa.

»Por primera vez en su vida, Conrado parece luchar con la Providencia y se ve obligado á someterse al efecto de una voluntad impenetrable que ninguno de los métodos intelectuales con que está familiarizado puede permitirle penetrar. ¡Ah, querida amiga! ¡Sin la fe en el amor de Dios, qué espantosas serían las pruebas de su poder! Sé que está en la naturaleza del carácter de Conrado considerarse como responsable del mal éxito de sus esfuerzos para salvar al hombre amado que he perdido, pues su conciencia es de las más susceptibles y él mismo se juzga muy severamente; pero no es religioso, ó por lo menos, no en el sentido que nosotros damos á esta palabra. Su carácter elevado en todas las cosas, no tiene la sencillez confiada y la sumisión de un niño.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL

(Continuará)



El señor Conrado le suplicaba muy formalmente que se estuviera quieto... (Pág. 236)

SECCIÓN CIENTÍFICA

Mientras en el viejo continente y á consecuencia de la escasez de ganado la carne es un artículo de lujo que no está, como debiera, al alcance de todas las bocas, en los países del nuevo mundo poco poblados, como la República Argentina, los vastos espacios ocupados ofrecen inmenso campo á la ganadería, excediendo allí en mucho la producción al consumo. Por esta razón, desde hace mucho tiempo se trata de abrir en Europa un mercado á los ganaderos de estos países y de otros que en análogas circunstancias se encuentran.

¿Pero cómo salvar los inconvenientes de una larga travesía por mar? Prescindiendo de los sistemas ensayados para el transporte de la carne en conserva, que no siempre llega fresca y nunca con todos sus principios nutritivos, y del extracto de carne, de empleo muy limitado, hay otro que consiste en importar las carnes despedazadas y conservadas en hielo, y que hoy constituye una industria muy próspera hasta el punto de que en 1888 sólo en el puerto de Dunkerque entraron 36.014 kilogramos de carneros helados; en 1889, 120.130, y en 1890, 332.500. Pero las carnes así conservadas no gustan á todos, por lo que se pensó en traer vivas las reses.

A este fin, en 1889 un catalán, D. Antonio Voltor y Climent, hizo una prueba bajo los auspicios de la *Sociedad rural argentina*, enviando desde Buenos Aires á Barcelona diez novillos que fueron alimentados durante el viaje con una pasta de harina y un poco de forraje adicionados con una preparación contra el marco, y de los cuales llegaron felizmente ocho, cinco de ellos con aumento de peso.

En vista de este éxito, Inglaterra comenzó á utilizar este sistema de transporte, y el cónsul de la República Argentina en Dunkerque ha inducido á la *Sociedad argentina exportadora de ganados* á seguir este ejemplo, de modo que desde septiembre de 1890 á enero de 1891 llegaron á dicho puerto 397 bueyes y 3.118 carneros vivos.

La instalación á bordo está claramente indicada en nuestro grabado; hay que consignar, empero, que sólo el vapor inglés *Bellenden* se ha aventurado á hacerla sobre el puente, y á pesar del frío excepcional que hacía cuando los bueyes llegaron á Francia, las pérdidas fueron muy pocas.

El éxito es, pues, completo: en los tres últimos vapores llegados á Dunkerque, de 197 bueyes importados, sólo murieron 17, es decir, menos del 9 por 100. Los ingleses hacen ya este comercio en grande escala, importando bueyes de Nueva York. La República Argentina habrá por fin encontrado un medio de utilizar sus inmensos rebaños, y las clases pobres de Europa podrán proporcionarse carne fresca y buena á poco precio, que bien lo necesitan en estos tiempos en que la crisis económica coincide con el alza de los artículos de mayor ó más necesario consumo.

* * *

Llegada á Dunkerque, el 18 de enero de 1891, del buque inglés *Bellenden* conduciendo 90 bueyes procedentes de la República Argentina

LA MEDICIÓN ELÉCTRICA INDUSTRIAL

INDICADORES DE CORRIENTE

Fuera de la telegrafía, y en particular de la submarina, que no existiría sin la medida y el cálculo, apenas hace una docena de años que la medición eléctrica ha sido introducida en la industria eléctrica, contribuyendo en gran parte al desarrollo de ésta. A los delicados y cortos aparatos del principio han sucedido instrumentos sencillos, fuertes, de lectura directa y baratos, cuyo empleo se impone aun en las instalaciones más pequeñas.

En las obras de electricidad publicadas hace sólo quince años, casi invariablemente se encuentran en ellas medidas las intensidades de corriente por grados de desviación del galvanómetro usado por el experimentador, sin otra indicación que permita tener una idea, siquiera aproximada, de lo que podía ser esta intensidad relacionada con unidades cuyo conocimiento estaba entonces reservado á unos pocos privilegiados.

Un primer progreso, debido á sir Guillermo Thomson, consistió en sustituir el campo magnético variable con el incomparablemente más constante y más intenso producido por un imán permanente. Por desgracia, hasta el presente los imanes permanentes se debilitan más ó menos con el tiempo y los aparatos en que se emplean necesitan rectificaciones periódicas para compensar su tendencia á avanzar, nacida de la debilitación del imán.

Este inconveniente se ha salvado equilibrando la acción electromagnética variable con la intensidad de la corriente por una fuerza constante: la gravedad.

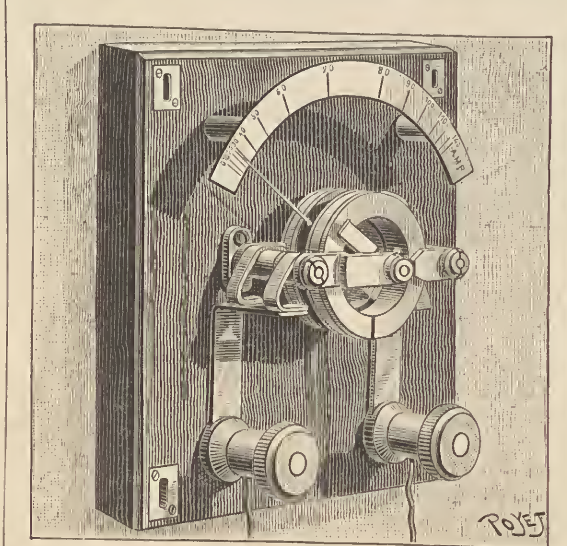


Fig. 1. Indicador de corriente de M. Elihu Thomson

En la mayoría de los galvanómetros industriales, ó, hablando con más exactitud, en la mayoría de los *indicadores de corriente* hoy usados, desaparece el imán permanente, reemplazado por la gravedad como acción antagónica.

Dos de los principales instrumentos basados en este principio son el de Mr. Elihu Thomson y el de M. Bergmann. El primero (fig. 1), empleado principalmente en América, se funda en el sencillo principio de que un pedazo de hierro dulce colocado en un campo magnético no homogéneo tiende por sí mismo á situarse en la parte donde el campo es más intenso, si no está sometido á una fuerza antagónica que á este cambio de lugar se oponga. Sabido es, además, que el campo magnético producido por un carrete anular atravesado por una corriente constante es más intenso en los bordes que en el centro del carrete, en donde está su valor mínimo.

Esto sentado, imaginemos dos carretes de eje horizontal atravesados por la corriente que haya de medirse y montados como indica la fig. 1. El borde de cada uno está ceñido por una tira de hierro dulce en forma de U: estas dos tiras de hierro diametralmente opuestas están montadas en un eje común excéntrico con relación al de los carretes. Cuando no circula la corriente, las dos piezas en U están bastante apartadas del borde de los carretes, manteniéndose en equilibrio por la acción de un contrapeso: si la corriente circula por los carretes, aquéllas son atraídas á la periferia interior de éstos, á los que ciñen y tienden á hacer girar alrededor del eje común, y toman una posición de equilibrio dado por una corriente dada, cuando el par electromagnético ejercido por los carretes sobre las armaduras de hierro dulce equilibra el par ejercido por la gravedad sobre el contrapeso fijado en el eje de los carretes. Un aparato así construído tomará siempre la misma posición y dará siempre la misma indicación cuando lo atraviese una corriente de igual intensidad. En el círculo dividido se ve que los cambios de sitio para una variación de corriente dada varían mucho con la potencia de la corriente que haya de medirse, lo que permite dar el máximo de sensibilidad en las proximidades de las intensidades que interesa conocer con exactitud.

El indicador Bergmann (fig. 2) es un aparato análogo en principio al anterior y se emplea en las distribuciones del sistema Edisson en América: la armadura está sustituída en él por una delgada barrita de hierro dulce en forma de arco de círculo, que tiene por centro un punto de un eje horizontal, á cuyo alrededor gira. La corriente que ha de medirse atraviesa un solenoide, cuya directriz es también un arco de círculo con el mismo centro que la barrita: en su posición normal ésta está fuera del solenoide y la aguja indicadora marca cero. Cuando una corriente cruza por el aparato, el núcleo tiende á penetrar en el solenoide, región en donde el campo magnético es más intenso, correspondiendo cada posición de equilibrio á una intensidad dada que indica la aguja en una división graduada colocada en la parte inferior.

El inconveniente más grave de estos aparatos es que no siguen las variaciones de corriente en el momento mismo en que se producen y que oscilan algún tiempo alrededor de su posición de equilibrio antes de detenerse en ella, pero este inconveniente está compensado en la práctica por la permanencia de sus indicaciones.

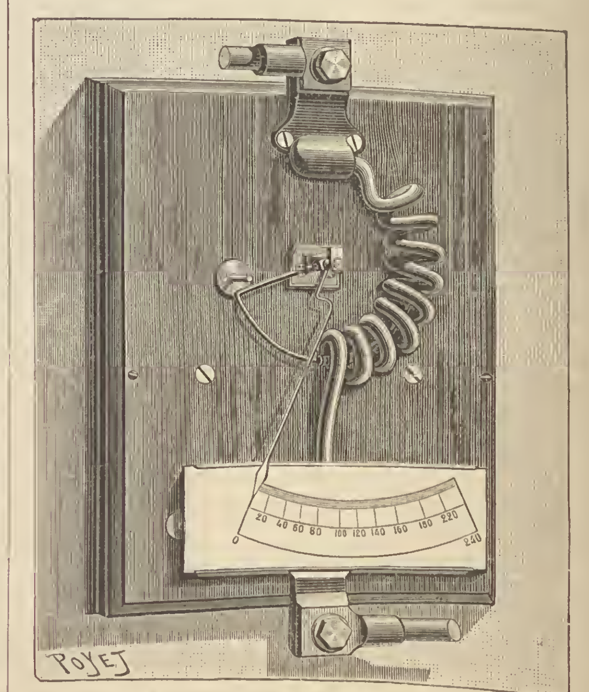


Fig. 2. Indicador de corriente de M. Bergmann

(De *La Nature*)

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea catarral ó de constipado, seca, nerviosa, ronca, fatigosa, etc., etc., bronquial ó pulmonar, por fuerte y crónica que sea, hallarán el alivio inmediato tomando la **PASTA PECTORAL INFALIBLE del Dr. ANDREU de Barcelona.**

Son tan rápidos y seguros los efectos de estas pastillas, que casi siempre desaparece la *tos por completo* al terminar la primera caja.

Los que tengan también **ASMA ó SOFOCACIÓN** usen los cigarrillos balsámicos y los papeles azoados del mismo autor, que la calman instantáneamente y permiten al asmático *dormir durante la noche.*

MEDICAMENTOS ACREDITADOS

PÍDANSE EN LAS Farmacias

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte

y no padecer dolores de muelas, usen el **ELIXIR GUTLER** ó **MENTHOLINA** que prepara el **Dr. ANDREU de Barcelona.**

Su olor y sabor son tan exquisitos y agradables, que además de un poderoso remedio, es artículo de recreo é higiene, porque deja la boca fresca y perfumada por mucho tiempo.

LA MENTHOLINA en polvo aumenta la blancura y belleza de los dientes.

Véase el curioso opúsculo que se da gratis.

PARIS



GRANDES ALMACENES DEL

Printemps

NOVEDADES

Remítese gratis y franco

el Catálogo general ilustrado encerrándo todas las modas de la **ESTACIÓN de VERANO**, á quien lo pida á

MM. JULES JALUZOT & CIE
PARIS

Remítense igualmente *franco* las muestras de todas las telas que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquese las clases y precios.

Todos los informes necesarios á la buena ejecución de los pedidos estan indicados en el Catálogo.

Todo pedido, á contar desde 50 Ptas, **es expedido franco de porte y de derechos de aduana** á todas las localidades de España servidas por ferrocarril, mediante un recargo de 22 % sobre el importe de la factura.

Las expediciones son hechas libres de todos gastos hasta la población habitada por el cliente y contra reembolso, es decir, **á pagar contra recibo de la mercancía;** los clientes no tienen pués que molestarse en lo más mínimo para recibir nuestras remesas todas las formalidades de aduana habiendo sido cumplidas por nuestras casas de reexpedición.

Casas de Reexpedición:

Madrid: *Plaza del Angel, 12*
Irún | **Port-Bou**
Hendaye | **Cerbère**

CARNE, HIERRO y QUINA

El **Alimento** mas fortificante unido a los **Tónicos** mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la **Carne**, el **Hierro** y la **Quina** constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorósis*, la *Anemia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteracion de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas y escorbuticas*, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reune todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el *Vigor*, la *Coloracion* y la *Energia vital*.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los **Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco,** y specialmente á los Sñrs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emicion de la voz.—PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Enfermedades del Pecho

Jarabe Pectoral DE P. LAMOUROUX

Antes, Farmacéutico
45, Calle Vauvilliers, Paris.

El Jarabe de Pierre Lamouroux es el **Pectoral por excelencia** *como edulcorante de las tisanas, á las cuales comunica su gusto agradable y sus propiedades calmantes.*

(Gaceta de los Hospitales)

Depósito General: 45, Calle Vauvilliers, 45, PARIS
Se vende en todas las buenas farmacias.

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS
ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. – La caja: 1 fr. 30.

ENFERMEDADES DEL

ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK



Querido enfermo. — Fiese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegria. — Asi vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

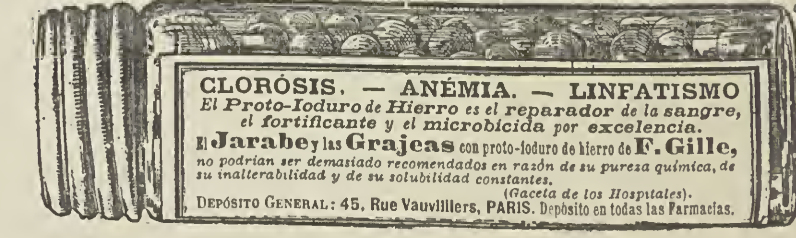
ESTREÑIMIENTO
y Afecciones
que son su consecuencia
CURACION
con el uso del
VERDADERO

POLVO laxante de VICHY

DEL Dr L. SOULIGOUX

De Gusto agradable y que se administra facilmente
El frasco contiene unas 20 Dósis
PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias.


36, Rue Vivienne **SIROP du Doct^r^ FORGET** RHUMES, TOUX, INSOMNIES, Crises Nerveuses

CLORÓSIS. — ANÉMIA. — LINFATISMO

El **Proto-Ioduro de Hierro** *es el reparador de la sangre, el fortificante y el microbicida por excelencia.*

El **Jarabe** y las **Grajeas** con proto-ioduro de hierro de **F. Gille,** *no podrian ser demasiado recomendados en razón de su pureza química, de su inalterabilidad y de su solubilidad constantes.*

(Gaceta de los Hospitales).

DEPÓSITO GENERAL: 45, Rue Vauvilliers, PARIS. Depósito en todas las Farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL Dr CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS — GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE

ELIXIR · · de PEPSINA BOUDAULT
VINO · · de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS · de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie **COLLAS**, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

Frasco: 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
Pone y conserva el cútis limpio y terso

CANDES et Cie Bd St-Denis, 18

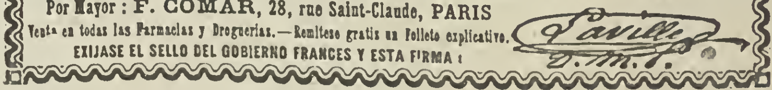
GOTA Y REUMATISMOS

Curacion por el **LICOR** y las **PILDORAS** del **Dr Laville:** el **LICOR** *se emplea en el estado agudo;* las **PILDORAS,** *en el estado crónico.*

Por Mayor: **F. COMAR**, 28, rue Saint-Claude, PARIS

Venta en todas las Farmacias y Droguerias.—Remitese gratis un Folleto explicativo.

EXIJASE EL SELLO DEL GOBIERNO FRANCES Y ESTA FIRMA:



LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

---

SOCIEDAD de Fomento *Medalla de Oro.* PREMIO de 2000 fr.

JARABE Y PASTA de H. AUBERGIER

con LACTUCARIUM (Jugo lechoso de Lechuga)

EXPOSICIONES UNIVERSALES PARIS 1855 LONDRES 1862 *Medallas de Honor.*

Aprobados por la Academia de Medicina de Paris é insertados en la Colección Oficial de Fórmulas Legales por decreto ministerial de 10 de Marzo de 1854.

« Una completa innocuidad, una eficacia perfectamente comprobada en el *Catarro epidémico*, las *Bronquitis, Catarros, Reumas, Tos, asma* é *irritacion* de la garganta, han grangeado al **JARABE y PASTA de AUBERGIER** una inmensa fama. »

(Extracto del Formulario Médico del Sor Bouchardat catedrático de la Facultad de Medicina (26ª edición).

Venta por mayor: **COMAR Y C^e^**, 28, Calle de St-Claude, PARIS
DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES BOTICAS

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

ESTUDIO DEL PINTOR LUIS BRAUN (Véase el artículo en el número 479).

LIBROS ENVIADOS
Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

NOTAS DE VIAJE (COLOMBIA Y ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA), *por don Salvador Camacho Roldán*, de Bogotá. — Tras algunas consideraciones acerca del motivo que le impulsa á escribir sus *Notas de viaje* y de la insuficiencia de las fuentes de información á que acudió para realizar tal propósito, dice el Sr. Camacho en el prólogo de su libro: «Con tan escasos elementos, ¿á qué fin escribir estos recuerdos? se preguntará, y la respuesta, á la verdad, no deja de ser embarazosa. Mi objeto es, sin embargo, abrir el camino á otros que con mejores medios de instrucción quieran atreverse á seguir mi ejemplo presentando á nuestros conciudadanos, desde el punto de vista de nuestras ideas nacionales, en trabajos mejor elaborados, el espectáculo de pueblos distintos del nuestro.»

Después de leída la obra, fácil es comprender que sólo un exceso de modestia pudo dictar tales palabras. Si el espacio de que disponemos lo consintiera, con sólo reproducir el índice de las materias en ella tratadas, se demostraría que las *Notas de viaje* son algo más que meras impresiones de un turista consignadas á la buena de Dios y amontonadas sin plan meditado y sin deducción de enseñanza alguna.

En efecto; el Sr. Camacho, que en llano y castizo lenguaje describe lugares y hechos dándoles todo el relieve que la pluma consiente, no se limita á ser narrador fiel y naturalista de lo que en sus viajes pudo herir su vista ó su imaginación, sino que, observador profundo, estudia concienzudamente los pueblos y los países recorridos, y al interés puramente pintoresco del relato préstale importancia no pequeña, menudeando en éste atinadísimas consideraciones sobre la producción agrícola, el trabajo industrial, las obras públicas y en suma sobre cuanto constituye la riqueza de los estados, señalando las deficiencias en unos puntos, los errores en otros y los remedios que, para suplir aquéllas y enmendar éstos, le sugiere un espíritu que bien podemos calificar de genial y de eminentemente práctico.

Y no es solamente lo que toca á los intereses materiales lo que atrae la atención y motiva el estudio del Sr. Camacho: los intereses morales hanle inspirado también bellísimos párrafos como el último de su libro consagrado al pueblo de los Estados Unidos, que dice así: «El carácter americano necesita equilibrio entre las ideas individualista y nacional, fuertemente desarrolladas, y la idea de colectividad de la especie que á las veces aparece obscurecida antre las nieblas. El egoísmo es pequeño; sólo es grande y durable lo que abarca la humanidad entera. De las riquezas materiales sólo suele quedar el testimonio de las ruinas; de la grandeza moral de un pueblo sobreviene una fulguración luminosa á través de los siglos, que sirve de fanal á las generaciones sin cuento. El pueblo americano tiene que fundar sus títulos al respeto de la historia, no sólo en la acumulación de los millones, sino en la acumulación de los actos de desprendimiento, abnegación y justicia en favor de la humanidad.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 13 de abril de 1891 — Núm. 485

LA CASA DE LA EQUITATIVA EN MADRID

Más de una vez, al pasar por la calle de Alcalá y admirar el magnífico y suntuoso edificio construído de nueva planta por la *Equitativa* de los Estados Unidos de Norte-América (Sociedad de seguros sobre la vida), he tenido el capricho de leer en mi memoria, evocar recuerdos de los dos cronistas de Madrid más autorizados y modernos, y dirigirme estas preguntas:

—¿Dónde está la primitiva calle de Sevilla, antes nombrada *de los Panaderos* y luego *Ancha de los Peligros*, siempre mezquina y sombría, que «por su estrechez fué necesario cerrarla al tránsito de carruajes, asfaltándola?» ¿Dónde están los hediondos callejones denominados *de los Peligros* y *de los Gitanos*, «verdaderos albañales de inmundicia social, dignos en todo de sus menguados nombres?»

Y recordaba también que los dos cronistas desearon y vaticinaron la reforma de aquel sitio: Fernández de los Ríos, puntualizándole detalladamente en su plan general de mejoras; Mesonero Romanos, treinta años antes, indicando como obra necesaria el ensanche de la calle de Sevilla, «por la importancia del punto que ocupa,» y la desaparición de aquellos inmundos callejones, «que deben cesar de ser y llamarse de los Peligros.»

Consignaré, como dato curioso, el origen del nombre de esa calle, según el ilustre autor de *El Antiguo Madrid:* el doctor Herrera, de Jaén, donó á las monjas cistercienses, llamadas *Las Vallecas*, una imagen de Nuestra Señora *de los Peligros*, á la que puso tal advocación «por los muchos de que le había librado;» y aunque el primitivo convento de las Vallecas radicaba en el pueblo de dicho nombre, por fundación del devoto caballero D. Alvar Garci-Díaz de Rivadeneyra, maestresala del rey D. Enrique IV, la comunidad fué trasladada en el siglo XVII á esta villa y corte, é instalada en nuevo convento de la calle de Alcalá (que entonces era un arrabal casi desierto), por orden y á expensas del famoso cardenal Silíceo, arzobispo y bienhechor de Toledo.

Las dos calles de Peligros (*¡Ancha!*, la que después se llamó de Sevilla, y *Angosta*, la que ahora existe entre las de Alcalá y Caballero de Gracia) recibieron, en efecto, el nombre de la advocación de la imagen, y precisamente se empezó la reforma de ambas calles por aquel convento, derribándolo en 1861, y levantando sobre su amplio solar las elegantes casas números 17 y 19 de la calle de Alcalá; y aceptando el plan de ensanche, y efectuada la expropiación de los edificios en él comprendidos, la piqueta municipal, entonces verdaderamente reformadora, sepultó los hediondos callejones mencionados bajo los escombros de las viejas casas, y transformó la calle de Sevilla, antes mezquina y angosta, en vía principal de 22 metros de anchura, inundada de sol y de aire.

LA CASA DE «LA EQUITATIVA» EN MADRID — Vista general del edificio tomada de una fotografía de Laurent

Mas era necesario alzar en breve plazo los ostentosos edificios proyectados para formar la ancha calle, como se alzó el del antiguo Casino, en el ángulo de la Carrera de San Jerónimo, aunque no estaba

denunciado por ruinoso, ni comprendido en el plan de reformas; porque si este plan no se completaba, los derribos hechos, los solares, las empalizadas, todo, en suma, quedaría como elocuente protesta del público ornato contra la obra municipal comenzada y no concluída en uno de los sitios céntricos y más concurridos de la capital de España.

La Equitativa recogió esa protesta: la subasta de los solares, verificada en 1886, resultó desierta; mas poco tiempo después, aquella opulenta Sociedad de seguros sobre la vida, por iniciativa inteligente y vigorosa del Excmo. Sr. D. Juan A. Rosillo, su director en España y Portugal, adquirió (al tipo de subasta) los cuatro solares que existían de venta, y cuya total superficie mide 1,735 metros cuadrados, ó sean 22,357 piés.

Y sobre esta vasta superficie *La Equitativa* ha levantado, en menos de cuatro años, el grandioso edificio que embellece las calles de Alcalá y de Sevilla, y cuya elegante rotonda, coronada por gallardo templete, ofrece la hermosa apariencia, más que de proa de un buque, como se ha dicho, de soberbia torre del Homenaje, no de feudal castillo que amenaza, ni de regio alcázar que humilla, sino de opulento palacio que sirve de garantía al capital asegurado sobre la vida, á las legítimas esperanzas de la orfandad y la viudez.

* * *

Porque *La Equitativa*, como institución financiera ha sabido conquistar en pocos años, y por modo absoluto, la confianza de sus asegurados.

Un hombre de gran talento y de energía extraordinaria, Mr. Henry B. Hyde, fundóla en Nueva-York, con el capital de 100,000 *dollars* (unas 518,000 pesetas) que exigían las leyes del Estado, en 1859; y observad el progreso asombroso de la Sociedad en el período de treinta años: en el balance oficial de 31 de Diciembre de aquel año figuraba ya con el capital de 117,102 *dollars*; en el de igual dia de 1869, con 10.510,824; en el de 1879, con 37.366,841, y en el de 1889, con el enorme capital de 107.243,744 *dollars*.

Observad ahora otra prueba irrecusable de la grandeza de esta Sociedad: en 1.º de Enero de este año, su capital *líquido*, que en las compañías de seguros de vida se llama *sobrante*, es decir, la diferencia entre el *activo* y el *pasivo* (comprendiendo en éste la reserva para obligaciones futuras sobre cada póliza en vigor), asciende á 23.740,447 *dollars*, suma cuantiosa, la mayor de capital *líquido* en compañías de seguros de vida.

Observad más todavía: en el año 1890, *La Equitativa* ha asegurado 203.826,107, resultando en 31 de Diciembre próximo pasado 720.662,473 *dollars*, total de riesgos vigentes (1); y con el testimonio del ilustrado periódico *Le Moniteur des Assurances* (número 268, correspondiente al 15 de Enero próximo pasado) se puede afirmar que la total producción de las *diez y siete* compañías francesas de seguros de vida sólo se ha aproximado, en el año 1890, al 50 por 100 de la que ha obtenido en igual período de tiempo *La Equitativa*.

Y es que esta Sociedad poderosa, fundada sobre las bases de la prudencia y la previsión, y practicando el principio de *progresar conservando*, que es su lema salvador, seguido fielmente por la experta Junta de Directores y por los celosos oficiales de la administración, inspira confianza al público y seguridad á los capitales.

¿Por qué? La razón es obvia: porque ha invertido en magníficos inmuebles hasta el 25 por 100 de su capital, y ha puesto de este modo una buena parte de su *activo* lejos de las oscilaciones de los fondos públicos, de los peligros de las crisis agrarias, de las tendencias á la continuación en la baja del interés de los capitales; y atrincherándose en la propiedad urbana, la menos expuesta á aquellos peligros, y afincándose en los principales mercados en que opera, no solamente asegura un buen promedio de renta, sino que, respetando y acatando la opinión de doctos economistas, comprende que las compañías de seguros deben preferir la seguridad absoluta para los tenedores de sus pólizas á la mayor cuantía de la renta líquida.

La Equitativa, después de poseer palacios y casas en Nueva York y en otras capitales de América y de Europa, construyendo ahora magníficos edificios en Viena, Berlín, Madrid y otras poblaciones, concluídos ya ó próximos á terminarse, además de ofrecer prueba indeclinable de riqueza y desahogo, revela su deseo de arraigarse en el país respectivo, su prudencia en la inversión de capitales y su buena fe hacia los asegurados.

* * *

Y esta buena fe la ha demostrado singularmente en España, anticipándose á la previsión de los gobiernos y de los legisladores con la garantía especial, que nadie se la ha exigido, del edificio levantado en las calles de Alcalá y Sevilla.

Por Real orden de 10 de Octubre de 1882 fué autorizada en nuestra patria la agencia ó sucursal de *La Equitativa*, y esta agencia adquirió en pocos años tan notable desenvolvimiento, que hoy es considerada como la más importante y popular de todas las compañías similares: á ella se debe la rehabilitación del seguro de vida en España (castigada por antiguos é inolvidables fracasos), preparando la opinión con acertada propaganda y granjeándose las simpatías del público por el religioso cumplimiento de las obligaciones contraídas; y su inteligente director señor Rosillo, para que se arraigasen aquellas simpatías y se ensanchara inmensamente la esfera de acción de la Sociedad, fué el primero que propuso la construcción del edificio de Madrid.

La propuesta fué aceptada por el Presidente-fundador y aprobada incondicionalmente por la Junta de Directores de *La Equitativa*, autorizándose al Sr. Rosillo para la compra de los solares del ensanche de la calle de Sevilla, cuando aun no se habían adquirido los de Berlín y Viena para sus respectivos edificios, y delegándose la resposabilidad de la realización del proyecto en el arquitecto Mr. Eduard E. Raht, que cuenta entre sus lauros profesionales el proyecto y la dirección del suntuoso palacio de la empresa periodística de *The Tribune*, de Nueva York.

El Comité de *La Equitativa* para España y Portugal convocó á concurso público á los arquitectos españoles, y Mr. Raht vino á premiar el proyecto de D. José Grases Riera, encargando luego la direccion de la construcción á este distinguido arquitecto, y nombrándole al efecto arquitecto local de la Sociedad.

El edificio está hecho en armonía con todos los adelantos conocidos hasta el presente, y con los mejores materiales, sin economías que resultan gravosas por las reparaciones que más tarde exigen.

Véase un resumen abreviado de los materiales: hormigón hidráulico, de pedernal y de cemento, para la cimentación; piedra blanca de Palazuelos y de Baides (Sigüenza) para las fachadas, combinada con granito azulado en los pisos principal y segundo; ladrillos en la construcción interior, y ladrillo blanco esmaltado con baño de porcelana, en las paredes de los patios; columnas de hierro fundido en la planta baja, y en el entresuelo, dobles, una en el interior de otra, separadas por capa de tierra refractaria; acero Bessemer para las armaduras de cubiertas y las vigas de los pisos; ladrillo-madera hueco, en los tabiques divisorios de las habitaciones; *parquet* de diversas clases de madera, en hábil y graciosa combinación, desde el más sencillo al más rico y elegante, en todos los pavimentos; azulejos en las paredes de las escaleras, mármoles de colores en los frisos y cercos de las puertas, ladrillo hueco en las bóvedas, pizarras de seis centímetros de grueso en los peldaños, y hierro forjado en las barandillas.

El aspecto de las fachadas, mejor dicho, del conjunto exterior, tiene carácter de ostentoso palacio.

Consta el edificio de planta de sótanos en toda la superficie del solar; planta baja y entresuelo que aparecen como un solo piso, con arcos rebajados en las fachadas y arcos de medio punto en los puntos centrales y en los extremos; pisos principal y segundo, figurando al exterior como uno solo, con pilastras y paramentos lisos de granito; pisos tercero y de guardillas, con el gracioso ático que sirve de remate á la construcción; torre de la rotonda ó chaflán en el ángulo formado por las dos calles, la cual se eleva, sobre el nivel de la acera, á la altura de cuarenta y dos metros.

En el sobrio y elegante decorado de las fachadas resaltan las ménsulas que soportan el balcón del piso principal: en los pilares laterales son parecidas, y en los centrales y en los extremos una sola, representando cabezas de elefante, emblema de la fuerza y de la resistencia, motivo decorativo de líneas severas y tranquilas, que reemplaza ventajosamente á la cabeza de león, de líneas movidas y aspecto de fiereza que forman rudo contraste con la estabilidad y quietud que acompañan siempre á la solidez.

El decorado de los pisos corresponde á la riqueza del edificio: el principal, bellísimo en la proporción de los huecos, ostenta jambas de piedra blanca destacándose en el fondo azul del granito, arco rebajado, repisa con dos ménsulas y clave de rica labor en el centro; el segundo tiene también jambas de piedra blanca y frontones de mucho vuelo sostenidos por ménsulas laterales; un friso de piedra tallada cierra las alturas de aquellos dos pisos, que aparecen al exterior como uno solo, y sobre él arranca el piso tercero en forma de ático, y con ventanas pareadas por esbelta columna de piedra pulimentada; encima está la cornisa de coronamiento del edificio, de un metro de vuelo, y con tallados canecillos.

En el ángulo ó chaflán ha puesto su firma, por decirlo así, de riqueza y buen gusto, la Sociedad *La Equitativa;* en el piso principal del chaflán hay grandes columnas de granito rojo pulimentado, con basas y capitales de bronce y ricas labores; la hornacina central está destinada á primorosa obra de escultura, alegoría de *La Equitativa* protegiendo la viudez y la orfandad, y sobre hornacina y grupo resalta ún tarjetón de granito rojo pulimentado, con esta sencilla leyenda, en cifras romanas: *La Equitativa, Año de 1859;* la rotonda se levanta encima del friso general del piso segundo, con pilastras y columnas ligeras y esbeltas, labrada cornisa, remate de piedra, adornos de guirnaldas y botones de bronce, y dos estatuas de cobre dorado, en que con el reloj entre ambas (no colocado aún) formarán la alegoría del Tiempo: una de las estatuas, matrona con el reloj de arena, representa el *pasado*, la esfera grande y transparente del reloj moderno, el *presente*, y la otra estatua, matrona con la rueda de la Fortuna, es símbolo del *porvenir;* remata, en fin, la torrecilla en un águila real con las alas extendidas, también de cobre dorado, en actitud de sujetar entre sus poderosas garras el escudo de los Estados Unidos de Norte-América.

El decorado del interior del edificio, correspondiendo al exterior en riqueza y buen gusto, es verdaderamente suntuoso hasta en sus menores detalles: mármoles, bronces, cornisas de cartón piedra, pintura al óleo, etc., contribuyen de consuno á hermosearle y enriquecerle.

Tiene el edificio completo sistema de calefacción y de alumbrado eléctrico: de éste son buena prueba las treinta y dos lámparas de arco voltáico que iluminan las fachadas, y las innumerables incandescentes distribuídas en el interior; aquélla, ó sea la calefacción, se obtiene por medio de vapor de agua, que se produce en el sótano y recorre en cañerías ramificadas todas las habitaciones, bajando luego, ya condensado, á alimentar otra vez las mismas máquinas que le produjeron, las cuales, así como las tres dinamos que producen la corriente eléctrica, son accionadas por tres motores de 80 caballos de fuerza cada uno, del sistema tubular, é inexplosibles.

El edificio tiene tres puertas de ingreso, una en la calle de Alcalá y dos en la de Sevilla, y un ancho pasaje semicircular para carruajes, que cruza por el interior desde una á otra calle.

El Casino de Madrid ocupa ya todo el piso principal, alhajado con magnificencia y *confort*, y una parte del entresuelo, otra buena parte de éste se destina á domicilio y oficina de *La Equitativa*, y aun quedan en el mismo piso nueve huecos de fachada á la calle de Sevilla, para alquilar; en el piso segundo, en cuatro habitaciones dividido, tomará una en arrendamiento el director Sr. Rosillo, y los otros tres cuartos parece que están solicitados por un importante círculo politico; en el piso tercero, también dividido en cuatro cuartos, tendrá alquilado uno, el del chaflán, el arquitecto Sr. Grases Riera, encargado de la conservación del edificio; las habitaciones del piso cuarto, anchas galerías de hierro y cristal, y azotea se destinan también á alquiler; y en cuanto á la planta baja, dispuesta para comercios, se dice que una sociedad catalana trata de alquilar algún local, y que los dueños de dos ó tres establecimientos de Madrid, muy favorecidos por distinguida clientela, piensan ponerse de acuerdo para arrendar á la vez varios huecos de fachada con destino á sus respectivas tiendas; lo cual no dudamos sucederá pronto, porque además de las ventajas de sitio tan céntrico y concurrido, tiene ese piso bajo la grandiosidad de su altura de techos y el atractivo de las luces eléctricas de arco voltáico, al exterior, ya mencionadas, que lucirán diariamente por cuenta de *La Equitativa*.

Felicitamos á ésta por su desarrollo y progresos constantes; á la honrosa representación de la misma en España por haber logrado de la justificación de la Central de dicha Sociedad, con perseverancia plausible, que sus asegurados españoles tengan iguales ventajas que los de otras naciones más importantes, incluso la garantía especial de un edificio; y, finalmente, al talento arquitectónico, que ha sabido coronar hábilmente con tan suntuosa construcción el pensamiento de la Sociedad propietaria.

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

(De *La Ilustración Española y Americana*)

(1) Según han publicado algunos periódicos, dicha Sociedad continúa este año aumentando sus éxitos, habiendo realizado en Enero último nuevos seguros por valor de 35 millones de *dollars* de capital.

EL SOMBRERO NUEVO, por Llopart

